

Desigualdad, subdesarrollo y pobreza en la actual globalización ultraliberal

Dr. Anastasio Ovejero Bernal.

Catedrático de Psicología Social de la Universidad de Valladolid.

Índice:

- 1.- ¿Qué es realmente la globalización?
- 2.- Cuáles están siendo las consecuencias de esta globalización: algunos datos estremecedores
- 3.- Pobreza y subdesarrollo en el siglo xxi
- 4.- Cultura de la pobreza
- 5.- Importancia fundamental de la igualdad y la desigualdad
- 6.- Los objetivos del desarrollo del milenio
- 7.- Crítica a la declaración del milenio y a la ayuda oficial al desarrollo
- 8.- ¿Es posible terminar con la pobreza y la desigualdad en el mundo? Algunas propuestas de solución
- 9.- Bibliografía

1. ¿Qué es realmente la globalización?

Hoy día resulta imposible hablar de pobreza y de desigualdad sin hablar de globalización. Recordemos que durante el mes de febrero de 2002 se produjeron simultáneamente dos acontecimientos importantes y opuestos entre sí: uno tuvo lugar, no por azar, en Nueva York, en el centro financiero y de poder del Norte, el *Foro Económico de Nueva York*; y el otro, tampoco por azar, se celebró en Porto Alegre, en pleno Sur, el *Foro Social de Porto Alegre*. Subrayemos, lo que tampoco fue azaroso, la diferencia básica y definitoria del adjetivo: *económico* versus *social*. Y los dos tenían como centro de sus deliberación la "*Globalización*", pero con objetivos bien diferentes: mientras que para el Foro de Nueva York, la globalización es el único camino para acabar con la pobreza, a la vez que es inevitable, porque es consecuencia necesaria del actual progreso técnico, para el Foro de Porto Alegre esta globalización es no sólo peligrosa sino incluso negativa, pues cuanto más crezca más ganarán los ricos y más perderán los pobres, incrementándose de forma alarmante e inaceptable las diferencias y desigualdades. Por tanto, la conclusión de Porto Alegre fue que habría que orientar la economía y el progreso tecnológico en una dirección más social, porque la globalización actual no es algo inevitable.

Pues bien, el objetivo principal de este trabajo es mostrar que no existe ningún determinismo, que el hambre, la pobreza, el subdesarrollo y las desigualdades que aún se mantienen en el planeta en medio de la abundancia y el desarrollo, en muchos lugares desenfrenado, no es algo inevitable, sino que es producido por unas políticas concretas que van dirigidas, intencionadamente, a enriquecer a algunos. Esto también es la globalización.

Pero ¿a qué nos referimos específicamente cuando hablamos de globalización? En primer lugar debemos tener en cuenta que nos encontramos ante un fenómeno sumamente complejo en el que se mezclan, inextricablemente unidos, aspectos técnico-económicos, aspectos políticos y aspectos ideológicos. Por una parte, los aspectos técnico-económicos quedan perfectamente recogidos en la definición que de "globalización" nos da el Diccionario de la Real Academia Española, en su última

edición, la 22ª (2001): “Tendencia de los mercados y de las empresas a extenderse, alcanzando una dimensión mundial que sobrepasa las fronteras nacionales”. Ciertamente, la globalización es eso, pero es muchas cosas más que quedan escamoteadas, sospecho que no inocentemente, en esta definición. Por otra parte, los aspectos políticos, que son los que más nos deben interesar en este texto ya que son los que producen hambre, pobreza y subdesarrollo en cientos y cientos de millones de personas, son denunciados una y otra vez por los críticos de la globalización (Bales, 2000; Bauman, 1999; Beck, 1998; Bello, 2004; Boltanski y Chiapello, 2002; Chomsky, 2001; Estefanía, 2001; Falk, 2002; Fariñas, 2005; Giddens, 2000; Gray, 2000; Lisón, 2003; Luttmann, 2000; Martin y Schumann, 2001; Ovejero, 2004; Peet, 2005; Safranski, 2004; Sampederro, 2002; Stiglitz, 2002; Ziegler, 2004, 2006) y atacados de diferentes maneras por el mal llamado “movimiento antiglobalización” (Amin y Hourtart, 2003; Echart, 2004; Fernández, Etxezarreta y Sáez, 2001; Galdón, 2002; Hourtart y Polet, 2001; Pastor, 2002).

Sin embargo, y finalmente, los aspectos ideológicos de esta globalización capitalista, a pesar de que constituyen la auténtica columna vertebral de ésta, apenas son analizados, aunque también aquí hay excepciones importantes, como las de Bois (2004), Chomsky (2001) o, ya entre nosotros, mi buen amigo José Ramón Torregrosa (1999). Así, Torregrosa decía al periódico iberoamericano *Hoy* (27 de abril de 1999), que la globalización es un proyecto ideológico para desarmar a los países que van a verse sometidos, prolongadamente, a la subordinación. “La globalización –añadía Torregrosa– posee algún fundamento que tiene que ver con la tecnología que se ha universalizado; el capital encuentra cada vez menos restricciones a su libertad de movimiento, pero más allá del universalismo de la tecnología no cabe duda de que se trata de una coartada para reafirmar una dominación que se inicia con la formación del mundo capitalista”. Por su parte, el historiador medievalista francés Guy Bois (2004, págs. 49-50) escribía que “los historiadores conocen bien que ninguna mutación social de importancia se ha producido jamás sin grandes cambios ideológicos... la mundialización no escapa a esta ley de la historia. Incluso está especialmente sometida a ella en la medida en que, en su dimensión tecnológica, se apoya precisamente en el establecimiento de una red de ‘tuberías’ susceptibles de inundar el planeta de imágenes y de ideas. Por ello, de buena

gana me inclinaría a pensar que la baza principal de la mundialización no es el poder nuclear, ni el dólar, ni el poderío de la máquina económica americana, ni la longitud y ramificaciones de la cadena de apoyos y complicidades que tiene en el mundo; para mí es simplemente la baza ideológica. Y que, en definitiva, a pesar del intelectualismo aparentemente excesivo de la afirmación, todo se resolverá en el campo de la confrontación de las ideas”. De ahí la gran importancia de las resistencias a la globalización y del propio movimiento antiglobalización y de ahí también el gran interés que tienen los poderosos en criminalizar a tal movimiento, antes, y en silenciarlo, ahora. Y es que, como señala Noam Chomsky (2001), la globalización es la imposición ideológica, política y económica de las grandes multinacionales, fundamentalmente estadounidenses.

En concreto, a partir de los años 70 y sobre todo ya en los 80, se ha acelerado la revolución tecnológica hasta límites que pocos años antes no podíamos ni sospechar, revolución que venía de atrás y que ha trastocado tantas cosas que podemos decir que hemos entrado en una nueva era, la era de la información (véase Castells, 2000, 2001a, 2001b), en la que las nuevas tecnologías están produciendo unas riquezas antes nunca conocidas. Como escribe Castells (2000, pág. 31), “hacia el final del segundo milenio de la era cristiana, varios acontecimientos de trascendencia histórica han transformado el paisaje social de la vida humana. Una revolución tecnológica, centrada en torno a las tecnologías de la información, está modificando la base material de la sociedad a un ritmo acelerado. Las economías de todo el mundo se han hecho interdependientes a escala global, introduciendo una nueva forma de relación entre economía, Estado y sociedad en un sistema de geometría variable”. Estamos, pues, añade Castells (pág. 61), ante “un acontecimiento histórico al menos tan importante como lo fue la Revolución industrial del siglo XVIII, inductor de la discontinuidad en la base material de la economía, la sociedad y la cultura”. Puede gustarnos o no esta revolución tecnológica así como la nueva época a que está dando lugar, pero no cabe ninguna duda de que se trata de algo irreversible e inevitable. Podemos decir que, considerada en sus aspectos técnicos, la globalización es, ciertamente, ineludible e irremediable. Lo que no son en absoluto inevitables son las consecuencias sociales a que están llevando la gestión ultraliberal de esa globalización. Y es que la revolución tecnológica de que hablábamos tuvo lugar precisamente cuando los importantes grupos intelectuales de presión (“think

tanks”), encabezados por von Hayek y su Círculo de Pelegrín, empezaron a tener éxito, consiguiendo el poder en dos países de la importancia del Reino Unido (Margaret Thatcher ganó las elecciones en 1979) y sobre todo de los Estados Unidos (Ronald Reagan las ganó en 1980). Y ese cambio político histórico se vio tremendamente fortalecido a causa del hundimiento de la URSS, lo que hizo que, por primera vez en la historia, un solo país –un imperio-, los Estados Unidos de América, consiguieran una hegemonía planetaria que le está permitiendo imponer sus ideas ultraliberales y sus intereses al resto del mundo.

Ahora bien, para beneficiar a sus empresas y conseguir que éstas obtengan pingües beneficios en todos los rincones del mundo, los Estados Unidos no sólo están exportando e intentando imponer en el planeta entero su sistema económico (una extraña mezcla de ultraliberalismo económico y conservadurismo político, que da por resultado una desigual distribución de las rentas), sino también su sistema político (la democracia burguesa parlamentaria). ¿Cómo es posible, entonces, que si esta globalización está teniendo consecuencias muy negativas para tantos millones de personas, éstas aprueben, con su voto, esas políticas, eligiendo a gobernantes que las aplicarán? No es fácil dar una respuesta precisa y detallada a esta pregunta, pero tal respuesta –además de incluir la poco democrática imposición de tales políticas, principalmente a los países pobres, por parte de los organismos internacionales, especialmente por los que componen lo que Peet (2005) llama la “maldita trinidad” (FMI, BM y OMC)- debe hacer referencia al componente ideológico de esta globalización. Me refiero a la ideología del TINA (*There Is Not Alternative*). En efecto, tras convencer a la gente de que, a largo plazo, esta globalización es totalmente inevitable, terminará solucionando todos los problemas del planeta, éstos terminan apoyando electoralmente tales políticas..., pero sigue oponiéndose a sus consecuencias, como si lo uno no tuviera nada que ver con lo otro. Y es que, así como la Revolución industrial llevó a las consecuencias que llevó (hambre en los habitantes de las ciudades industriales europeas y colonialismo en el Tercer Mundo, con las consecuencias que ello tuvo) a causa no de su contenido tecnológico sino como consecuencia de la aplicación de las políticas del capitalismo y de una ideología muy eurocéntrica, igualmente los efectos de la actual revolución tecnológica son la consecuencia de la

aplicación política de una ideología muy concreta y muy insolidaria como es el *ultraliberalismo*, que está produciendo terribles tasas de desigualdad, pobreza y exclusión social. Y es que “la globalización, lejos de ser sólo un proceso uniformizador de características homogeneizadoras a nivel espacial, territorial y regional, es también un proceso que genera desigualdades y diferencias” (Alonso, 1999, pág. 96). Y, lo que es peor, esas consecuencias negativas de la globalización son globales porque “la receta diseñada se aplicó de forma sistemática en todos los países; en unos por voluntad propia, o de sus gobiernos, y en otros de forma obligada y en grandes dosis” (Martínez, 2002, págs. 47-48). Como no hace mucho señalaba Pierre Bourdieu, la *esencia del neoliberalismo* es un programa de destrucción de las estructuras colectivas cuando éstas pueden convertirse en un obstáculo para el avance de la lógica del mercado puro. La lógica neoliberal pretende “construir un orden social cuya única ley sería la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual por el beneficio” (Bourdieu, 1998, pág. 3). La palabra globalización es una absoluta mentira en sí misma y una total e hipócrita falsedad (véase Ovejero, 2002a). Estamos ante la más brutal e inhumana insolidaridad, una de cuyas consecuencias, obviamente, es incrementar la desigualdad, la pobreza y la exclusión social.

La globalización, pues, como escribe Etxezarreta (2001, pág. 13), “no es más que el nombre que se da a la etapa actual del capitalismo. Nada más que esto. Ni nada menos. Los tiempos cambian pero las formas de dominación permanecen y se repiten. No cambia nada esencial en las sociedades capitalistas que llevan ya existiendo más de dos siglos. Siempre han sido -y la globalización sigue siéndolo- sociedades basadas en la explotación de unas personas por otras”, así como también de unos países por otros, con los efectos de hambre, miseria, enfermedad y muerte que ello tiene para millones de personas. “Para decirlo brutalmente, si la economía global podía descartar a una minoría de países pobres, económicamente muy poco interesantes, podía también desentenderse de las personas muy pobres que vivan en cualquier país, siempre que el número de consumidores potencialmente interesantes fuera suficientemente elevado” (Hobsbawm, 1995, pág. 565). Es decir, que después de prescindir del Tercer Mundo, la globalización prescinde también del Cuarto Mundo. Y es que “la aplicación de las políticas neoliberales y los resultados de la revolución tecnológica han creado una sociedad dual, caracterizada por una minoría de personas que concentran los recursos, el consumo, el

ahorro, la inversión, los derechos de propiedad, el poder económico, político, militar y cultural, distanciada cada vez más de una inmensa mayoría de la población excluida del progreso, la esperanza y las oportunidades. La sociedad dual tiende a concentrar la riqueza en unos pocos países y, dentro de los países empobrecidos, tiende a concentrarla en sectores muy minoritarios de la población, mientras que en los países desarrollados cada vez son mayores los sectores y el volumen de personas excluidas. Se trata ya no sólo de la escisión de la sociedad entre centro y periferia, sino de la aparición de abismos en un mundo de fronteras cada vez más difusas. Otra característica de este mundo dual es la dependencia cronificada de unos países respecto a otros, sin espacios para la independencia y la soberanía nacional, en la que unos ejercen su hegemonía y la mayoría practican la sumisión, la división internacional del trabajo entre países industrializados y suministradores de materias primas y mano de obra barata hace que esa situación se perpetúe” (Martínez, 2002, pág. 51). Además, como la globalización da libertad de circulación planetaria a los capitales, pero no a las personas, los pocos beneficios que generan los países pobres no quedan en esos países para crear riqueza y trabajo, sino que salen en busca de una mayor rentabilidad, quedándose los países pobres cada vez más pobres y sus ciudadanos cada vez con más hambre. Claramente lo reconoce Castells (2001b, pág. 95): “El ascenso del informacionalismo en el cambio de milenio va unido al aumento de la desigualdad y la exclusión en todo el mundo”.

En todo caso, “es probable que el regreso de China y la India al primer plano de la economía global en el siglo XXI imprima una nueva forma a la política y la sociedad mundiales. La abrumadora preponderancia de Occidente, que duró medio milenio, probablemente ha llegado a su fin. Deberíamos considerar estas evoluciones no sólo con respeto, sino también con perspectiva de futuro... Si actuamos con prudencia, tendremos por fin al alcance de la mano una era de respeto mutuo e intercambio provechoso entre Oriente y Occidente” (Sachs, 2005a, pág. 270). ¡Y que bueno sería que entre ambos, entre Oriente y Occidente, no quedara en medio, desamparada, África, ni América Latina! Pero para ello probablemente no baste una globalización neoliberal compasiva, como la que propone Sachs, sino que sea necesaria una *globalización auténticamente global y solidaria*.

2. Cuáles están siendo las consecuencias de esta globalización: algunos datos estremecedores.

Para hacer un análisis rápido, y a la vez profundo, de cuáles son realmente las consecuencias sociales de la actual gestión de la globalización, basta con examinar los *Informes Sobre Desarrollo Humano* de la ONU de los últimos años (PNUD, 2003, 2004 y 2005) así como el *Informe sobre el Desarrollo Mundial 2006* del propio Banco Mundial (2005). Las cosas que dicen estos informes, tan de sentido común y bien confirmadas empíricamente, son tan estremecedoras que de ser informes normales se convierten en subversivos. Pues bien, como señala el *Informe sobre Desarrollo Humano, 2005* (PNUD, 2005b, pág. 1), “el año 2004 finalizó con un acontecimiento que demostró tanto el poder destructivo de la naturaleza como el poder regenerador de la compasión humana. El tsunami que azotó el Océano Índico cobró más de 300.000 vidas... El tsunami fue una tragedia altamente visible, impredecible y, en gran medida, inevitable. Existen otras tragedias menos notorias, fáciles de evitar y predecibles por su exasperante regularidad. Cada hora que pasa y sin acaparar la atención de los medios, mueren más de 1.200 niños. Esto equivale a tres tsunamis mensuales, todos los meses, que alcanzan a los ciudadanos más vulnerables del mundo: los niños. Las causas de muerte varían, pero la abrumadora mayoría se debe a una única patología: la pobreza. A diferencia del tsunami, esta patología se puede prevenir. Con la actual tecnología, recursos financieros y acumulación de conocimientos, el mundo tiene la capacidad de superar la pobreza extrema. Sin embargo, como comunidad internacional permitimos que la pobreza destruya la vida a una escala que por su envergadura eclipsa el impacto del tsunami”. Más en concreto, de los 57 millones de personas que murieron en el mundo en 2002, uno de cada cinco era un niño menor de cinco años, es decir que muere casi un niño cada tres segundos. Casi todas estas muertes ocurrieron en el mundo en desarrollo, pero el gasto para prevenir las enfermedades concentra en su mayor parte en los países ricos (PNUD, 2005c, pág. 30). Y no olvidemos que la mortalidad infantil es el indicador que mejor capta las divergencias en materia de oportunidades de desarrollo humano.

En resumidas cuentas, las consecuencias más importantes y más serias de la actual gestión ultraliberal de la globalización, son, en el Tercer Mundo, el incremento de

la pobreza y sobre todo de la desigualdad, y en el Primer Mundo la galopante reducción de derechos laborales (cada vez mayor proporción de contratos precarios, facilidad del despido y consiguiente facilitación de la deslocalización, reducción salarial imparable, etc.) que, a la vez que está creando un cada día más nutrido Cuarto Mundo¹, está produciendo una fortísima y generalizada *inseguridad psicológica* de consecuencias realmente imprevisibles (véase el desafortunadamente siempre actual *El miedo a la libertad*, de E. Fromm, 1941). Pero de entre todas estas consecuencias negativas, veamos algunas, realmente estremecedoras, que afectan al Tercer Mundo.

Frente a los datos que muestran algunos partidarios de la globalización, tenemos que decir que, a pesar del indiscutible incremento de la creación de riqueza, no mejora la situación de miles de millones de pobres. En efecto, “en 2003 y en lo que constituye un retroceso sin precedentes, 18 países con una población total de 460 millones de personas bajaron su puntuación en el Índice de Desarrollo Humano (IDH) respecto de 1990. En medio de una economía mundial cada vez más próspera, 10,7 millones de niños no viven para celebrar su quinto cumpleaños (¡siguen muriendo todavía unos 30.000 cada día!) y más de mil millones de personas sobreviven en condiciones de abyecta pobreza con menos de un dólar al día” (PNUD, 2005b, pág. 4). Según el propio PNUD (1999), 4.600 millones de personas viven en países llamados eufemísticamente “países en desarrollo”; 2.400 millones no tienen acceso a servicios sanitarios; 2.500 millones no tienen luz eléctrica; 1.500 millones carecen de agua potable; más de once millones de niños menores de cinco años siguen muriendo cada año por causas evitables; el 20% de la población mundial consume dos terceras partes de la comida del mundo, el 45% de toda la carne y el pescado, el 84% del papel y el 58% de la energía. Un niño nacido en una buena zona de Nueva York -en algunas partes de Harlem la esperanza de vida baja a niveles africanos-, París o Londres consumirá como promedio en su vida 50 veces más que otro nacido en un país en desarrollo. En setenta países, con casi mil millones de habitantes, el consumo es hoy más bajo que hace veinticinco años. La mitad de la población mundial vive con dos dólares al día, y la mitad de la mitad, con uno. Y por zonas, la OIT (Organización Internacional del Trabajo) calculó que el porcentaje de

¹ Entendemos por Cuarto Mundo las bolsas de pobreza y hasta de miseria que existen –y cada vez son más grandes- en medio de la opulencia y hasta el despilfarro en del Primer Mundo, especialmente dentro de sus grandes ciudades.

la población que vivía con menos de un dólar diario aumentó del 53,5% en 1985 al 54,4% en 1990 en el África subsahariana y del 23% al 27,8% en América Latina. Estas últimas cifras han empeorado mucho desde entonces.

Y si los índices de pobreza no han mejorado, los de desigualdad han empeorado obscenamente. A comienzos de este siglo XXI, aún vivimos en un mundo dividido en pobres y ricos, en un mundo caracterizado esencialmente por la desigualdad, una desigualdad que no ha hecho sino aumentar en las últimas décadas y especialmente en los últimos diez o quince años: los ricos son cada vez más ricos y los pobres cada vez más pobres, y ello tanto a nivel de países como entre las personas dentro de los países. Por ejemplo, a los países industrializados, con el 15% de la población mundial, les corresponde el 76% del consumo mundial, al tiempo que la brecha de diferencias generales entre el 20% que más tiene y el 20% con menos ingresos cada año es mayor. De igual forma, los datos espectaculares proporcionados por la ONU en 1996 revelaban que sólo 358 personas concentraban tanta riqueza como el 45% de la población mundial, porcentaje que desde entonces no ha hecho sino crecer aún más, pues la concentración de la riqueza en la cúspide se aceleró en la segunda mitad de los noventa: el patrimonio neto de las 200 personas más ricas del mundo pasó de 440.000 millones de dólares a más de un billón entre 1994 y 1998, hasta el punto de que en 1998, el patrimonio de las tres personas más ricas del mundo excedía al PIB combinado de los 48 países menos desarrollados, en los que vivían 600 millones de personas (PNUD, 1999). El ingreso total de los 500 individuos más ricos del mundo es superior al ingreso de los 416 millones más pobres (PNUD, 2005b). Y mientras que los 2.500 millones de personas (el 40% de la población mundial) que viven con menos de dos dólares al día obtienen sólo el 5% del ingreso mundial, el 10% más rico consigue unos ingresos del 54% (PNUD, 2005b). La distancia en la renta per cápita entre el mundo industrializado y el mundo en vías de desarrollo se triplicó, de 5.700 dólares en 1960 a 15.000 dólares en 1993 (PNUD, 1996). La desigualdad de ingresos está creciendo en países cuyos habitantes suman en total más del 80% de la población mundial. Más aún, todo parece indicar que la implantación de las nuevas tecnologías (Internet, etc.) profundizarán aún más esa brecha, ya ahora mismo vergonzosa, tanto entre los grupos más favorecidos y los más desfavorecidos, dentro de cada país, como entre los países ricos del Norte y los

países pobres del Sur. "Las diferencias entre los distintos estamentos sociales se verán agigantadas por esta nueva frontera existente entre los ciudadanos *enchufados* y los *desenchufados*. Los elementos igualitarios de Internet son aplicables sólo a los primeros y aumentarán, paradójicamente, las desigualdades respecto al resto. Si tenemos en cuenta que más de la mitad de los ordenadores conectados al sistema se encuentran en hogares norteamericanos, que más de la mitad de la población del mundo no ha usado jamás un teléfono y que las líneas instaladas en todo el África negra son menos que las que existen en la ciudad de Tokio, entenderemos hasta qué punto la configuración de esa especie de asamblea ciberdemocrática puede constituir una exclusión para los habitantes de los países más pobres, los individuos menos educados o informados y, en definitiva, los desposeídos de la Tierra" (Cebrián, 1998, pág. 98). Baste recordar que nada menos que unos 4.000 millones de personas (el 65% de la población mundial) nunca ha hecho una llamada telefónica.

Pero aún hay más: el injusto reparto de los recursos entre el Norte y el Sur se extiende dramáticamente al campo de los medicamentos, con lo que la actual globalización está ensanchando también, a nivel planetario, el grupo de los enfermos, modalidad de exclusión que, nuevamente, afecta sobre todo a los pobres, y particularmente a los pobres de los países pobres. En efecto, la malaria, el cólera, el sida, la tuberculosis, la diarrea, la fiebre amarilla o la enfermedad del sueño están todavía hoy día arrasando algunos países del Sur, sobre todo porque los enfermos pobres no tienen dinero para el tratamiento. Así, un tercio de la humanidad carece de acceso a fármacos básicos. Un europeo puede curarse una neumonía con el equivalente a tres horas de salario, pero en África hace falta casi el sueldo de un mes. Por ejemplo, la mitad del ingreso familiar se les va a los campesinos de Zambia en tratar una neumonía infantil cuyo coste es 10,21€. La OMS (Organización Mundial de la Salud) revela que sólo el 1% de los fármacos se destina a enfermedades tropicales, y la mitad de esos medicamentos proceden de la investigación veterinaria. Consecuencia de todo ello es que, como señala la OMS, diecisiete millones de personas mueren al año por no poder comprar fármacos que son corrientes en los países desarrollados: ¡más de 45.000 muertos cada día! ¿Nos importan, pues, más la vida de millones de personas o el enriquecimiento de unos pocos?

Ahora bien, si lo anterior es grave, más grave aún si cabe son las tendencias, pues no se avanza en absoluto hacia los objetivos propuestos en la Cumbre del Milenio para el año 2015. Así, 93 países no avanzan hacia el objetivo de reducir la mortalidad infantil a dos tercios en el 2015 -en esos países vive el 62% de la población mundial-; 83 países -con el 70% de la población mundial- no avanzan hacia el objetivo de reducir a la mitad la población sin acceso a agua potable en el 2015; 70 países no avanzan en la dirección de reducir la pobreza a la mitad para esa misma fecha; otros 83 países no avanzan hacia la reducción de la mortalidad materna... De seguir las tendencias actuales, de claro retroceso, en 2015 habrá 380 millones de personas más que ahora viviendo con menos de un dólar diario (PNUD, 2005b). Más aún, un análisis de las tendencias a largo plazo de la distribución del ingreso mundial entre países indica que la distancia entre el país más rico y el país más pobres era de alrededor de tres a uno en el año 1820, once a uno en 1913, treinta y cinco a uno en 1950, cuarenta y cuatro a uno en 1973, y setenta y dos a uno en 1992. Por su parte, el historiador económico Davis Landes, profesor emérito de la Universidad de Harvard, ha demostrado que la relación entre la renta per cápita de la nación industrializada más rica, digamos Suiza, y la del país no industrializado más pobre, por ejemplo Mozambique, es de 400 a 1, mientras que hace 250 años tal relación entre la nación más rica y la más pobre era de cinco a uno. Como vemos, pues, la situación es brutalmente dramática y eso que, por no alargarme en exceso, no he hablado de la explotación infantil (véanse algunos esclarecedores datos en OIT, 1996, y en Castells, 2001b), ni de la terrible esclavitud actual, que además de tener unas condiciones de vida muchísimo peores que en siglos anteriores, además afecta a un número de personas superior al número de esclavos que existía en el Imperio Romano (véase Bales, 2000).

Sin embargo, la solución no sólo es posible, sino que es perfectamente compatible con el actual nivel de vida de la ciudadanía de los países ricos. Por ejemplo, como señala el citado Informe del PNUD (2005b, pág. 8), si el aumento del gasto militar desde 2000 se hubiese destinado a ayuda, bastaría para alcanzar la antigua meta de la ONU de dedicar un 0,7% del PIB a ayuda al desarrollo. Los 7.000 millones de dólares anuales que se necesitarán durante el próximo decenio para proveer acceso al agua limpia a 2.600.000 millones de personas es menos de lo que nos gastamos los

Europeos en perfumes. Estamos hablando de una cantidad de dinero que podría salvar unas cuatro mil vidas anuales. Por consiguiente, globalizar la sanidad, la educación, la comida y los derechos humanos no es una utopía inalcanzable. Por el contrario, está en nuestras manos conseguirlo. Otro ejemplo: según la ONU, para que toda la población del globo tenga acceso a las necesidades básicas (alimentación, agua potable, educación y salud) bastaría con menos del 4% de la riqueza que acumulan las 225 mayores fortunas del mundo. Y no olvidemos que la satisfacción universal de las necesidades sanitarias y nutricionales esenciales sólo costaría 13.000 millones de dólares, o sea, apenas lo que los habitantes de Estados Unidos y la Unión Europea nos gastamos al año en perfumes. Es decir, que lo que falta no son medios y riqueza, sino ganas y voluntad de distribuirlos equitativamente. Lo que falta, en definitiva, es cooperación y solidaridad. Y es que el capitalismo, desde su origen, pero hoy más que nunca, está modificando esencialmente la naturaleza humana, naturaleza que, como mostró Kropotkin hace ya un siglo (1988), es básicamente cooperativa, y la está haciendo egoísta, individualista y competitivo.

No sólo sí es posible cambiar las cosas, es que nos interesa a todos cambiarlas. A menudo la ayuda a los países pobres es vista por la población de los países ricos como un derroche o, en el mejor de los casos, como una caridad unidireccional. Nada más falso, pues “en un mundo donde tanto las amenazas como las oportunidades están interconectadas, la ayuda es una inversión y un imperativo moral: una inversión en la prosperidad compartida, la seguridad colectiva y el futuro común. No invertir a una escala suficiente hoy implicará costos mañana. La ayuda al desarrollo es el aspecto central de la ‘nueva alianza’ para el desarrollo planeada en la Declaración del Milenio. Como en cualquier alianza, ambas partes tienen responsabilidades y obligaciones. Los países en desarrollo tienen la responsabilidad de generar un ambiente donde la ayuda pueda rendir resultados óptimos y los países ricos tienen la obligación de cumplir sus compromisos” (PNUD, 2005b, pág. 8). Sin embargo, se añade en este Informe (pág. 9), “a diferencia de los receptores, los donantes pueden romper sus compromisos con total impunidad. En la práctica, la ‘nueva alianza’ ha sido unidireccional. Lo que se necesita es una verdadera ‘nueva alianza’ en la que los donantes, al igual que los receptores, actúen según compromisos que permitan cumplir la promesa plasmada en la Declaración del Milenio”.

Por tanto, como señala Castells (2001b, pág. 110), “en conjunto, el ascenso del capitalismo global informacional se caracteriza simultáneamente por el desarrollo y el subdesarrollo económico, la inclusión y la exclusión social. Se da una polarización en la distribución de la riqueza en el nivel global, una evolución diferencial de la desigualdad en la renta dentro de cada país, aunque con una tendencia predominante hacia la desigualdad creciente, y un aumento sustancial de la pobreza y la miseria en el mundo en su conjunto, y en la mayoría –aunque no todos- de los países, tanto desarrollados como en vías de desarrollo”. De ahí es fácil deducir, como hemos comprobado, que esta forma de gestionar la globalización está creando cada vez más personas pobres y excluidas, tanto en el Tercer Mundo, principalmente en África y en América Latina (véase Ovejero, 2004, Cap. 5; 2005), dando lugar a un agravamiento del Conflicto Norte-Sur, como en el Primer Mundo, dando lugar a un cada vez más generalizado Cuarto Mundo (véase Ovejero, 2004, Cap. 7; 2005), cuyas consecuencias son imprevisibles, como se reflejó, por ejemplo en los disturbios que en otoño de 2004 se produjeron en los barrios de París.

3. Pobreza y subdesarrollo en el siglo XXI

Como hemos visto, a pesar de que la revolución tecnológica está produciendo unas elevadísimas tasas de desarrollo y creando muchísima riqueza, sin embargo la pobreza y el subdesarrollo se mantienen –y hasta se incrementan- en gran parte del planeta, hasta el punto de que casi la mitad de la población mundial sigue siendo pobre. Vistas ya las altísimas y vergonzosas tasas de pobreza y visto y también que la principal causa de ella es hoy día la globalización ultraliberal, detengámonos ahora en qué es y qué significa exactamente eso de ser persona pobre o país subdesarrollado. El incremento de las desigualdades sociales de todo tipo está más que verificado por multitud de estudios empíricos (Navarro, 1997; Torres; 1995, 1999; Tortosa, 1993; 1999; Townsend, 1993; Sachs, 2005a, 2005b, etc.) así como en diferentes informes de la ONU (PNUD, 1994, 1996, 1997, 1998, 1999, 2001, 2002, 2003, 2004, 2005).

Y no confundamos pobreza, desigualdad y exclusión social. No es lo mismo pobreza y desigualdad, pues mientras que ésta se refiere a la distancia entre los

miembros de una sociedad, aquélla habla más bien de la insatisfacción de necesidades básicas de una parte de dicha sociedad. Podríamos decir que la pobreza lo es en sí misma, mientras que la desigualdad lo es en comparación con. Como señala Tortosa (1999, pág. 61), la pobreza es "aquélla condición en la que el individuo ve insatisfechas sus *necesidades básicas*". Por tanto, es obvia su estrecha relación con la exclusión social. De ahí que Townsend nos dé esta definición: "Pueden llamarse pobres los individuos, familias y grupos que, en una población determinada, carecen de los recursos para obtener el tipo de dieta, participar en las actividades y tener las condiciones de vida que son habituales o, por lo menos, ampliamente aceptadas o aprobadas en las sociedades a las que pertenecen. Están, efectivamente, excluidos de los modos de vida, costumbres y actividades comunes". Siendo secretario general de la ONU, Boutros-Ghali calificaba la pobreza de "moralmente escandalosa, económicamente nociva y políticamente peligrosa" ya que ser pobre no es solamente no poder cubrir las necesidades básicas, sino que significa también quedar excluido de los bienes, servicios, derechos y actividades que constituyen la base de la ciudadanía. De ahí que la propia ONU mantenga que "la erradicación de la pobreza tiene una importancia fundamental para consolidar la paz y lograr un desarrollo sostenible" (PNUD, 1994).

Por otra parte, "a efectos de definición, resulta útil distinguir entre tres grados de pobreza: extrema (o absoluta), moderada y la relativa. Pobreza extrema significa que las familias no pueden hacer frente a necesidades básicas para la supervivencia: padecen hambre crónica, no tienen acceso a la asistencia médica, no tienen servicios de agua potable ni de saneamiento, no pueden costear la educación de sus hijos y carecen de elementos rudimentarios para proteger sus viviendas –un techo que evite la entrada de la lluvia en la choza o una chimenea para evacuar el humo de la cocina- y de artículos básicos, como los zapatos. A diferencia de la pobreza moderada y relativa, la pobreza extrema sólo se da en países en vías de desarrollo. El concepto de pobreza moderada se refiere, por lo general, a unas condiciones de vida en las cuales las necesidades básicas están cubiertas, pero sólo de modo precario. La pobreza relativa se interpreta habitualmente como un nivel de ingresos familiares situado por debajo de una proporción dada de la renta nacional media. Los relativamente pobres, en países de renta alta, no tienen acceso a bienes culturales ni a actividades de ocio y diversión, y

tampoco a una asistencia sanitaria ni una educación de calidad, ni a otras ventajas que favorecen la movilidad social ascendente” (Sachs, 2005a, pág. 51). Si la pobreza extrema tiene principalmente efectos materiales y objetivos (desnutrición, menor esperanza de vida, etc.), la relativa los tiene más bien subjetivos y psicológicos, pero no por ello menos graves (frustración, resentimiento, bajo nivel de autoestima, menor sentido de autoeficacia, falta de integración y cohesión social, etc.).

Pero ¿qué es realmente ser pobre? No es fácil aquí una definición intencional (véase para ello Tortosa, 1993, 1999), mientras que toda definición operativa depende, obviamente, de las técnicas que empleemos para obtener datos y de los criterios que utilicemos. En todo caso, intentando agrupar las definiciones operativas de pobreza, tendríamos los tipos siguientes (Martínez Román, 1997): en primer lugar, se definen como pobres aquéllos que están acogidos a los correspondientes Servicios Sociales o, también, aquéllos que demandan dichos servicios. Como las condiciones para el acceso a las prestaciones pueden cambiar, el número de pobres también aumentará o disminuirá. Es, pues, una definición administrativa que tiene la ventaja de establecer con claridad el límite más bajo de las cuantificaciones posibles. En segundo lugar, se define como pobres a los que contestan de una determinada forma a un cuestionario sobre ingresos o gastos. Es la técnica más difundida por ser la más fácil y la que mejores tratamientos estadísticos puede producir, consistiendo, por ejemplo, en comparar las respuestas con un mínimo definido objetivamente (por ejemplo, calorías, mínimo vital, gastos, mínimos socialmente aceptados, etc.). Sin embargo, esta definición, que es la más utilizada y que resulta ser la oficiosa de la Unión Europea y la más frecuente en nuestro país, aunque con variantes, es también la más objetable desde un punto de vista metodológico: las respuestas al cuestionario se comparan con la media de las respuestas y se define como pobre a quien tiene, por ejemplo, unos ingresos inferiores a la mitad de esa media. Como sostiene Sen (1992), esta definición es objetable porque convierte la cuestión de la pobreza en un problema de desigualdad, que es algo bien diferente. En tercer lugar, se define a los pobres mediante la agregación de diversos indicadores y no sólo económicos ni sólo monetarios. Aquí se incluyen los sucesivos Informes sobre el desarrollo humano publicados por el PNUD desde 1990, el índice aplicado en Noruega (salud, inserción social, situación de trabajo, condiciones de alojamiento e ingresos) o el índice de privación material y social elaborado por

Townsend (1993). La metodología es más consistente pero, desgraciadamente, no hay unanimidad para su comparación.

Además, uno de los más serios efectos de la pobreza, ya sea la absoluta o la relativa, es la *exclusión social*, que el Diccionario de Sociología de Giner y cols. (1998, pág. 284) define como “proceso social de separación de un individuo o grupo respecto a las posibilidades laborales, económicas, políticas y culturales a las que otros sí tienen acceso y disfrutan”. Por tanto, la exclusión social va más allá de la pobreza y es un concepto más dinámico. Y ese mismo Diccionario define la *marginación* como “estado en el que un individuo o grupo social no es considerado parte, o lo es pero como parte externa, de una determinada sociedad” (1998, pág. 453). Como vemos, pues, estamos ante dos fenómenos estrechamente interrelacionados. Parece evidente que primero es la marginación, que suele serlo por motivos étnicos, religiosos, de género, etc., y luego, como uno de sus principales efectos, vendría la exclusión social. Por ejemplo, en nuestra actual sociedad, primero marginamos a una persona por pertenecer a una determinada etnia (por ser gitano, por ejemplo) o por ser “inmigrante sin papeles”, y, a causa de ello, tal persona se verá excluida de los derechos de ciudadanía como los políticos (derechos de voto o de sindicación), los sociales (derecho a la sanidad o a la educación), etc. En todo caso, al menos a mi modo de ver, el concepto de exclusión social, así como el de otros afines como la marginación, la desviación, etc., podrían casi resumirse en uno: *pobreza*. Pues aunque intervienen siempre otros factores (psicológicos, históricos, etc.), casi siempre se excluye al pobre.

En cuanto al subdesarrollo, tampoco es fácil ponerse de acuerdo, siendo frecuente que se entienda por países subdesarrollados aquéllos cuya renta per cápita es inferior a un determinado número de dólares anuales. Sin embargo, lo que es más importante, para que un país sea considerado subdesarrollado debe tener al menos estas características: 1) Tasas de crecimiento demográfico notablemente superiores a las de los países desarrollados; 2) Una economía nacional altamente dependiente de muy pocos productos agrícolas o mineros; 3) Grandes desigualdades en la distribución de la renta; 4) Una importante presencia directa o indirecta de intereses extranjeros en los sectores más dinámicos y generalmente vinculados a las mayores partidas de exportación, por lo que la dependencia del exterior es muy alta; y 5) Además, suelen

tener también unas tasas muy altas de endeudamiento exterior. De hecho, cuando al terminar la segunda guerra mundial se disolvió el régimen colonial y las antiguas colonias se independizaron de sus metrópolis conformando nuevas naciones, éstas se caracterizaron enseguida por poseer unos bajos niveles tanto de producción como de nivel de vida, por lo que pronto se las comenzó a conocer con el nombre de *países subdesarrollados*, *países periféricos* o sencillamente *Tercer Mundo*, aunque la ONU comenzó a utilizar eufemismos como *países en vías de desarrollo* o *países menos desarrollados*, cosa que no eliminaba el carácter subdesarrollado y dependiente de tales naciones (véase Ovejero, 2005, pág. 98 y ss. Para una ampliación).

En todo caso, el subdesarrollo de los países pobres parece estar hoy día estrechamente relacionado con el *neocolonialismo*, que no es sino una nueva manifestación del imperialismo o del antiguo colonialismo en la medida en que persigue el mismo objetivo que perseguían aquéllos: el control de otro Estado con el propósito de asegurarse la explotación económica de sus recursos. En efecto, la antigua política colonial de las potencias europeas fue sustituida por una nueva política neocolonial o imperialista estadounidense (y en parte también soviética), bien directamente bien a través de las grandes empresas transnacionales o de las organizaciones económicas como el Banco Mundial, el FMI (Fondo Monetario Internacional) o la OMC (Organización Mundial de Comercio). De hecho, el primer neocolonialismo surgió en América Latina, tras la independencia de la América española y de Brasil, cuando el "vacío de poder" dejado por españoles y portugueses fue ocupado por las compañías estadounidenses que intentaron acaparar los recursos naturales de los países latinoamericanos. Pero fue sobre todo después de la segunda guerra mundial, tras la independencia de decenas de países que formaban las colonias tanto en Asia como principalmente en África, cuando las compañías internacionales mantuvieron el control sobre los productos de las nuevas naciones o monopolizaron su comercio, a la vez que prolongaban el régimen de monoproducción o monocultivo para impedir que la diversificación de la economía diera a esos nuevos países libertad de movimiento. El objetivo último era la construcción de países dependientes que proporcionaran materias primas a los países ricos, quienes se reservaban las transformaciones industriales altamente rentables a la vez que controlaban así tanto los precios como la producción de

esas materias primas, manteniendo de esta manera a los países pobres en la pobreza y en el subdesarrollo. La ayuda externa fue también un medio de presión política en un mundo dividido por la guerra fría. De esta manera, y con el pretexto de contener el comunismo, bajo la dirección de Estados Unidos, los países occidentales crearon numerosos organismos internacionales para proteger sus intereses económicos que, cuando fracasaban en sus funciones, acudían a la intervención militar como fue el caso de Guatemala en 1954, la República Dominicana en 1965 o Chile en 1973, por circunscribirnos exclusivamente a América Latina. No olvidemos que la propia guerra del Vietnam reflejó la voluntad estadounidense de establecer un orden neocolonial sobre las ruinas del colonialismo francés. Y no olvidemos tampoco que la dependencia y el subdesarrollo de África resultaría inexplicable sin la política de Gran Bretaña y Francia para conservar su influencia económica y política en la zona, generalmente a través de brutales y dictatoriales regímenes militares. Es cierto, en gran medida, que tras la pobreza, el subdesarrollo y la miseria de los países pobres se encuentran una serie de golpes de Estado, guerras fratricidas y dictaduras, pero detrás de éstos están casi siempre los intereses económicos occidentales: sobre el sufrimiento de las personas del Sur se asienta el bienestar de las personas del Norte.

Y no es por azar que los dos continentes en que más crudamente se dio este neocolonialismo sigan siendo actualmente los más pobres de la tierra: América Latina y principalmente África. De hecho, como señala Castells (2001b, pág. 110), el ascenso del capitalismo informacional/global en el último cuarto del siglo XX ha coincidido con el derrumbamiento de las economías africanas, la desintegración de muchos de sus estados y el desmoronamiento de la mayoría de sus sociedades. El resultado es bien conocido: hambrunas, epidemias, violencia, guerras civiles, matanzas, éxodos masivos, y caos social y político. Y añade: “Sostengo que hay una causalidad social y estructural subyacente en esta coincidencia histórica”. En efecto, argumenta Castells, en las dos últimas décadas del siglo XX, mientras se constituyó en gran parte del mundo una economía global y dinámica, el África subsahariana experimentó un deterioro sustancial en su posición relativa en el comercio, la inversión, la producción y el consumo frente al resto de las regiones del mundo, a la vez que su PNB per cápita disminuía durante el período 1980-1995, y siguió disminuyendo desde 1995. En 1950 África representaba

más del 3% de las exportaciones mundiales, en 1990 en torno al 1,1%, y desde entonces esta cifra no ha hecho sin descender aún más. En 1980 África era el destino del 3,1% de las exportaciones mundiales, en 1995 de sólo un 1,5% y hoy día aún menos, etc. Y es que de acuerdo con Simon y colegas (1995), las políticas de ajuste inspiradas por el FMI y el BM para mejorar los resultados de las exportaciones no han hecho más que aumentar la dependencia de productos básicos como el algodón y el cobre, lo que ha socavado los esfuerzos de algunos países para diversificar sus economías y hacerlas menos vulnerables al deterioro a largo plazo de los precios de los productos primarios frente a los bienes y servicios con un valor añadido más elevado. En estas condiciones, la supervivencia de la mayor parte de las economías africanas ha pasado a depender de la ayuda internacional y del crédito exterior. La ayuda cada vez es menor y la deuda cada vez más pesada, pues como porcentaje del PNB, ha ascendido del 30,6% en 1980 al 78,7% en 1994. Y son conocidos los efectos de la deuda externa: cuando un país no puede pagarla, “los gobiernos acreedores y las instituciones internacionales utilizaron esta dependencia financiera para imponer políticas de ajuste a los países africanos, intercambiando su subordinación por la condonación parcial de la deuda o la renegociación de los pagos del servicio de la deuda” (Castells, 2001b, pág. 118). La consecuencia es el incremento del hambre y la miseria para gran parte de la población. Además, la inversión directa extranjera en África está disminuyendo en un momento en que aumenta de forma sustancial en todo el mundo.

¿Por qué pasa todo esto? Porque sí hay recursos en África y dinero proveniente del oro, los diamantes, el petróleo, el café o el cacao. ¿A dónde va ese dinero? Como señala Castells (2001b, pág. 119), en muchos países, la clase burocrática, pequeña pero acomodada, muestra un alto nivel de consumo de productos importados caros, incluidos productos alimenticios occidentales y ropa de moda internacional. Los flujos de capital de los países africanos a cuentas personales e inversiones internacionales rentables de todo el mundo, para el beneficio exclusivo de unos pocos individuos ricos, demuestra la existencia de una acumulación privada sustancial que no se reinvierte en el país donde se genera la riqueza. Así que hay una integración selectiva de pequeños segmentos de capital africano, mercados ricos y exportaciones rentables en las redes globales de capital, bienes y servicios, mientras que la mayor parte de la economía y la gran mayoría de la población está abandonada a su propio destino, entre la mera subsistencia

y el saqueo violento. Además, un número creciente de africanistas parece estar de acuerdo en el papel destructivo de los estados-nación africanos sobre sus economías y sociedades. Frimpong-Ansah (1991), antiguo gobernador del banco central de Ghana, considera que la limitación de capital no es obstáculo para el desarrollo. Lo crucial es la capacidad institucional de movilizar el ahorro y ésta se ha visto erosionada en África desde mediados de los años setenta debido al mal uso del capital por el “Estado vampiro”, es decir, un Estado enteramente patrimonializado por las elites políticas para su beneficio personal. Así, en 1993, mientras que el Zaire estaba en proceso de desintegración, la fortuna que su presidente, Mobutu, tenía fuera del país se calculaba que había ascendido a unos 10.000 millones de dólares (Sandbrook, 1985, pág. 91). Y no olvidemos que Mobutu contó con el apoyo de Francia, Bélgica y Estados Unidos. Por su parte, Norman Kempster, que escribe regularmente en *Los Angeles Times*, resumió en 1993 la trayectoria de Mobutu como sigue (1993, pág. 7): “Mobutu es un antiguo sargento del ejército colonial belga que tomó el poder con el respaldo estadounidense y occidental en 1965, poniendo fin a una rivalidad caótica entre facciones procomunistas y anticomunistas. Durante tres décadas, puso a su vasto país, el segundo mayor de África subsahariana, a disposición de la CIA y otras agencias occidentales, que lo utilizaron como una base para sus actividades en todo el continente. A cambio, le dieron carta blanca, desviando para su uso personal miles de millones de dólares de la riqueza mineral del Zaire, mientras sumía en la pobreza a la mayoría de los zaireños”. Este caso señala claramente quiénes son los responsables de la tragedia de África: “la contribución indirecta de Occidente, y sobre todo de Francia, a la apropiación privada del Zaire por parte de una camarilla militar/burocrática prácticamente ha privado de credibilidad a las futuras políticas de cooperación internacional en las mentes de algunos de los mejores africanos” (Castells, 2001b, pág. 129).

Por último, la situación de África suele atribuirse, sobre todo en los medios de comunicación, a la hostilidad interétnica. En efecto, en los años 90 han estallado conflictos étnicos por todo el continente, conduciendo en algunos casos a matanzas e intentos de genocidio. Pero tal hostilidad interétnica fue construida, intencional, interesada y perversamente, por los Estados coloniales para desunir y seguir así dominando África tras la descolonización. Un ejemplo claro fue la terrible

confrontación que en 1994 tuvo lugar entre hutus y tutsis en Ruanda y Burundi (véase Lemarchand, 1994a, 1994b), con la inestimable complicidad de la Iglesia Católica (véase Bizimana, 2001; Hatzfeld, 2003; Onfray, 2006). En efecto, la distinción “objetiva” entre tutsis y hutus es mucho menos clara de lo que suele pensarse: “Como se ha destacado repetidas veces, los hutus y los tutsis hablan la misma lengua –kirundi en Burundi, Kinyaruanda en Ruanda-, comparten las mismas costumbres y vivieron en relativa armonía durante siglos antes del advenimiento del régimen colonial. Al contrario de la imagen proyectada por los medios de comunicación, los modelos de exclusión sacados a la luz durante la independencia y después de ella no pueden reducirse a ‘enemistades ancestrales profundamente asentadas’. Aunque la Ruanda precolonial estaba sin duda mucho más rígidamente estratificada que Burundi... En ambos casos, es la interrelación de las realidades étnicas y su reconstrucción subjetiva (o manipulación) por parte de los políticos lo que subyace en las raíces del conflicto entre hutus y tutsis” (Lemarchand, 1994a, pág. 588). Estoy totalmente de acuerdo con Castells cuando dice que “lo que esta dramática experiencia parece demostrar es que la agudización de las diferencias étnicas y la cristalización de la etnicidad en posición social y poder político tenían su origen en la dinámica histórica de la base social del Estado, primero colonial y luego del Estado-nación independiente” (2001b, pág. 138).

4. Cultura de la pobreza

La teoría de “la cultura de la pobreza”, que sugiere que la pobreza es el resultado de una falta de recursos y habilidades sociales debida al proceso de enculturación o socialización, podría resumirse diciendo que los pobres siguen siendo pobres porque la mayoría de ellos participan en una *cultura de la pobreza* que los imposibilita para salir de ella. “El pobre aprende a ser pobre y así configura su personalidad en un peculiar proceso de socialización al interior de la cultura de la pobreza que garantiza su permanente fracaso frente al sistema establecido” (Martín Baró, 1989, pág. 85). El niño aprendería desde el comienzo a fracasar una y otra vez, a no lograr nada, y así aprendería que no vale la pena intentar nada, esforzarse por lograr algo que nunca conseguirá. En esta línea, Paulo Freire pensaba que lo primero que había que hacer para superar el estado de pobreza de Latinoamérica era hacer que desapareciera el *fatalismo*

(véase Ovejero, 1997). Sin embargo, incluso admitiendo esta teoría, no debería contribuir a culpabilizar a los pobres y a los excluidos -ni a nivel de personas ni a nivel de naciones- de su pobreza y de su exclusión. Por el contrario, la propia sensación de falta de autoeficacia (véase Bandura, 1997; Bandura y cols., 1999) y hasta de fatalismo son formas psicosociales para adaptarse a una situación en la que, real y objetivamente, tienen todas las de perder. El problema es que una vez adquiridas esa falta de autoeficacia, una autoestima baja y hasta un sentimiento de fatalismo, esos mismos rasgos contribuyen poderosamente a que, efectivamente, tengan unos bajos niveles de aspiración, un bajo rendimiento (por ejemplo en la escuela) o una realmente baja autoeficacia, con lo que difícilmente podrán no perder y no seguir siendo pobres.

Sin embargo la pobreza de los países subdesarrollados se debe en gran parte al *colonialismo* que, como ya hemos dicho, es la tendencia a mantener un territorio en el régimen de colonia, es decir, concibiéndolo poblado por personas con un grado de civilización inferior al del ocupante extranjero que ejerce su influencia y dominio político, económico y cultural. Ahora bien, los efectos perversos del colonialismo, que puede llegar a afectar incluso a la forma de ser y de comportarse de las personas colonizadas deriva esencialmente de la división de la población total del territorio, a través de un proceso de dualización, en dos grupos: el grupo dominante, formado por las personas oriundas de la metrópolis; y el grupo dominado, constituido por los aborígenes, es decir, por la inmensa mayoría de la colonia. Esta división, a menudo excesivamente jerarquizada y cerrada, conlleva una serie de conductas y prerrogativas de dominio/sumisión que van cristalizando ya no sólo en rasgos caracterológicos diferenciales en uno y otro grupo, sino incluso en una auténtica *ideología de la sumisión* (véase Beauvois y Joule, 1981, 1996) en los miembros del grupo dominado que les lleva a justificar su propia “inferioridad” así como la supuesta “superioridad” de los miembros del grupo dominante (véase Ovejero, 1998). Este efecto realmente nefasto del colonialismo puede prolongarse a lo largo de varias generaciones a través de los hábitos de crianza así como de los procesos de socialización que forman parte de la citada “ideología de la sumisión”, hasta el punto de que pueden perfectamente llegar a explicar el mayor fracaso escolar de sus descendientes, su más bajo CI (al menos si se le mide con los pobres y sesgados tests de “inteligencia” al uso) (véase Ovejero, 2003) y hasta su inferior desarrollo económico. Pero no es una cuestión meramente psicológica. Es

que los países colonizadores, al abandonar sus antiguas colonias, suelen dejar, además de una fuerte, profunda y nefasta dependencia psicológica, también una no menos fuerte, profunda y nefasta dependencia económica: los nuevos países carecen de infraestructuras que faciliten la industrialización del país, su economía sigue siendo totalmente dependiente de la metrópoli, el nivel cultural y profesional de la población suele ser muy escaso, incluso las fronteras con los países vecinos fueron artificial e intencionalmente trazadas para defender los intereses de los antiguos colonizadores, etc. Es decir, que al abandonar sus colonias, los países ricos dejan todo “atado y bien atado” para seguir dominando sobre sus antiguos territorios y explotando tanto sus recursos como a sus habitantes. En consecuencia, la situación de pobreza, subdesarrollo y dependencia de los países del Tercer Mundo, casi todos antiguas colonias de países europeos, es consecuencia tanto directa como indirecta precisamente de su condición de antiguas colonias y del estado de dependencia (véase por ejemplo Cardoso y Faletto, 1969; y Rodríguez, 1980). Por tanto, personalmente estoy en parte de acuerdo con la llamada “cultura de la pobreza”, pero dándole una causación explícitamente socioeconómica y no meramente psicológica. De hecho, esta teoría, que fue expuesta principalmente por el antropólogo norteamericano Oscar Lewis (1959, 1966, 1969), puede ser resumida en estos cuatro puntos (Martín Baró, 1989, págs. 84-85):

1) La lucha por la supervivencia lleva a los pobres a generar un submundo particular, la ausencia de recursos a causa de la falta de ambiciones y de solidaridad entre las personas a la vez que la impotencia e incapacidad para competir en el sistema establecido es suplida mediante redes de intercambio recíproco entre parientes y vecinos. Se genera así un sistema aparte, un mundo marginal, y una economía de subsistencia.

2) La cultura de los pobres difiere notoriamente de la cultura imperante en el sistema establecido y tipificado por los sectores medios. Esta cultura se caracteriza por ser ‘una versión desorganizada, patológica o incompleta de los aspectos fundamentales de la clase media’ (Valentine, 1972, pág. 147).

3) Las principales características de la cultura de la pobreza se presentan como rasgos psicológicos de los individuos. Se trata de un síndrome que incluye sentimientos de apatía, impotencia, dependencia e inferioridad; la falta de autocontrol y la dificultad para aplazar la satisfacción de las propias exigencias y para salirse del presente,

planeando el futuro; un sentido de resignación y fatalismo; un marcado machismo, una gran tolerancia hacia la patología psicológica y la debilidad del propio yo.

4) La cultura de la pobreza se genera a sí misma, tanto porque se transmite a través de los procesos de socialización, cuanto porque, por sus mismas características frente al sistema (el sentimiento de impotencia, la apatía, el fatalismo, la incapacidad de superar el presente), asegura su pervivencia. Como señala el propio Lewis (1969, pág. 188), “una vez que existe, tiende a perpetuarse de generación en generación por sus efectos en los niños. Para cuando los niños marginales llegan a los seis o siete años, normalmente ya han absorbido los valores y actitudes básicas de la subcultura y no están orientados psicológicamente para aprovecharse de las condiciones cambiantes o de las crecientes oportunidades que pueden tener lugar a lo largo de su vida”.

Como he dicho, estoy parcialmente de acuerdo con esta teoría, aunque constato su enorme peligrosidad al servir de excusa para no hacer nada, por una parte, y para exculpar a los poderes sociales y económicos, por otra. Por ello, creo que, cuando menos, habría que tener muy presentes tres cosas: primera, que los rasgos psicológicos de los pobres que les impide salir de la pobreza son un producto del sistema socioeconómico que, durante muchas generaciones, les ha dominado y explotado; segundo, que su pobreza no se debe, ni mucho menos, sólo a su “carácter”; y tercero, que no a todos los pobres se les puede aplicar esta teoría. De ahí que con frecuencia la “cultura de la pobreza” no haya podido ser comprobada empíricamente: factores objetivos como el desempleo, las políticas económicas injustas, etc., son factores más influyentes en la pobreza que los factores psicológicos. Es, pues, totalmente injustificable la utilización de esta teoría psicologista para eximir de responsabilidad al sistema dominante.

Además, los procesos que señala esta teoría como responsables de la perpetuación de la pobreza no son ajenos, en absoluto, a nuestro sistema escolar e incluso a la psicología escolar. En efecto, como ya dije en otros lugares (véase, por ejemplo, Ovejero, 2000b), la escuela desempeña un papel fundamental en la producción de desigualdad social y, por consiguiente, de pobreza. Como señalan Birsch y Gussow (1972, págs. XIII-XIV), “la pobreza produce fracasos escolares, y como la falta de educación reduce las posibilidades de conseguir empleo, contribuye a su vez a perpetuar

la pobreza, la mala salud y las desventajas sociales. Pobreza e ignorancia se refuerzan así mutuamente... La educación compensatoria, por útil que sea, no puede resolver por sí sola los problemas de educación de los pobres. Un programa serio para abolir los fracasos escolares de los niños con desventajas ha de incluir también el mejoramiento de su situación económica, su salud y su estado de nutrición... Los niños que crecen en la pobreza viven en condiciones que no sólo limitan su intelecto sino que lo destruyen físicamente. Los niños pobres padecen la mala comida, la mala higiene, el mal alojamiento y la mala atención médica. Los hogares en los que faltan juguetes y juegos son los mismos en los que abundan el hambre y la enfermedad. Ser pobre en Norteamérica y, particularmente, ser pobre y no blanco, equivale a sufrir la opresión de todo un espectro de circunstancias físicas que, al poner en peligro la vida, el crecimiento y la salud, restringen la evolución psíquica y el potencial de educación" (véase una revisión de este tema en el cap. 9 de Ovejero, 2003).

En resumidas cuentas, "la cultura de la pobreza pretende dar razón de la reproducción del orden social marginante, por lo menos la reproducción del sector pobre y marginado. Esta explicación hace recaer la causa fundamental de la pervivencia de los pobres en los pobres mismos y en los rasgos de su personalidad. De esta manera, incurre en un psicologismo muy favorable al sistema establecido, ya que le exime de responsabilidad respecto a un fallo tan grave como la incapacidad para proporcionar satisfacción mínima e integrar a la vida 'normal' a un gran sector de la población. El sistema es considerado como bueno y los defectos son atribuidos a los propios pobres, aunque esos defectos sean aprendidos... El enfoque de culpar a la víctima viene a menudo envuelto en preocupación y paternalismo, y se recubre con un aura de humanitarismo, muy propia de profesiones como la del psicólogo o la del trabajador social. Se pretendería ayudar a 'estos pobres' a salir de su pobreza, promoviendo entre ellos el aprendizaje de habilidades útiles para la sociedad, y para que se integren como miembros valiosos del sistema social. Hay que cambiar las actitudes de los pobres, estigma adquirido, sin duda, en el medio social, pero estigma que marca a la víctima y produce su victimización futura. Así, el estigma, el defecto, aunque provenga de fuerzas ambientales, es al fin y al cabo algo propio del pobre. Con ello, una vez más, se ignora el continuo efecto 'victimizador', es decir, depauperante, del propio sistema social, el impacto de las fuerzas sociales respecto a lo que los pobres hacen o pueden hacer... Las

fuerzas y normas fundamentales que configuran el mundo de la pobreza son precisamente la dependencia y la pauperización a que le somete el sistema mismo. El mundo de la pobreza es un mundo configurado no a partir de sí mismo, sino de los determinismos más amplios del sistema social en que se encuentra. Olvidando este marco histórico y atribuyendo la razón de su pobreza y marginación a los rasgos del pobre, la exigencia de cambio recae no en la sociedad, sino en su víctima, no en el sistema, sino en el marginado. La supervivencia y reproducción del sistema establecido queda así sancionada ideológicamente” (Martín Baró, 1989, págs. 86-87). Por tanto, estas teorías psicologistas contribuyen fuertemente a inculcar en los propios pobres una identidad de pobreza y una culpabilidad de serlo, que les lleva a una ideología de la sumisión y a una incapacidad real de salir de su situación de pobreza. Al fin y al cabo eso es algo que una parte de la psicología viene haciendo desde hace un siglo, sobre todo en el campo de los tests de CI, y principalmente por parte de la psicología positivista (véase Ovejero, 1999), convirtiéndose así gran parte de la psicología en un potente instrumento reaccionario al servicio de los poderosos.

5. Importancia fundamental de la igualdad y de la desigualdad

Una de las ideas centrales de la economía moderna es el óptimo o eficiencia de Pareto, que afirma que sólo un cambio que no deja a nadie en peores condiciones que antes puede ser considerado "promotor del bienestar". Sin embargo, como señala Amartya Sen, “una sociedad puede lograr el óptimo de Pareto y a pesar de ello ser totalmente vergonzosa”, como está ocurriendo con la actual globalización: un importante incremento de las desigualdades, incluso en el caso de que se eliminara la pobreza totalmente, sería una situación inaceptable que, tarde o temprano, produciría malestar social e incluso inseguridad para todos. Eso es justamente lo que está ocurriendo, como vimos en el apartado 2, con el agravante de que las desigualdades aumentan muchísimo y la pobreza, en cambio, se reduce poco, y en muchas zonas del planeta incluso se incrementa. Así, como señala el citado Informe de la ONU (PNUD, 2005d), de los 73 países sobre los que se dispone de información, 53 (que en conjunto suman más del 80% de la población mundial) han visto crecer la desigualdad, mientras que sólo 9 (que suman sólo un 4% de la población mundial) la han visto disminuir. Y

ello vale tanto para países que están creciendo mucho (como es el caso de China) como para países que están creciendo poco (como Bolivia). Además, “mientras las brechas de ingreso entre países representan la mayor parte de la desigualdad mundial, las disparidades de ingreso al interior de muchos países compiten en magnitud con la desigualdad en la distribución de ingreso mundial. En Brasil, el 10% más pobre de la población obtiene el 0,7% del ingreso nacional y el 10% más rico el 47%. Las desigualdades dentro de África Subsahariana también son inmensas. En Zambia, por ejemplo, la relación entre el ingreso de los más ricos y el de los más pobres es de 42 a 1” (PNUD, 2005c, pág. 62). Más aún, según datos del Banco Mundial (2005, pág. 4), los gastos de consumo anual promedio varían entre 270 dólares en Nigeria y 7.232 en Luxemburgo, lo que significa que el ciudadano promedio luxemburgués disfruta de unos ingresos 62 veces mayores que el nigeriano. Y es que hasta el propio Banco Mundial lo reconoce: “Si excluimos a China y a India, “las desigualdades globales han seguido aumentando, debido a la continua divergencia entre casi todos los demás países de bajos ingresos y los países ricos”.

Menos conocido es que este proceso de incremento de las desigualdades –e incluso de la misma pobreza- se da también dentro de algunos países desarrollados, los más neoliberales, como es el caso de Estados Unidos y del Reino Unido. La desigualdad del primero es mejor conocida, pero no así la del segundo, cuya situación llegó a ser realmente penosa tras el paso por el gobierno de los conservadores ultraliberales dirigidos por M. Thatcher. Así, “a fines del decenio de 1990, el Reino Unido registraba una de las mayores tasas de pobreza infantil de Europa y en 1998, alrededor de 4,8 millones de niños –uno de cada tres- vivían bajo el umbral de la pobreza. Estos niveles tan altos, que duplicaban el índice de fines de los años setenta, fueron el legado del decenio de 1980, el cual se caracterizó por un patrón de crecimiento inconfundiblemente a favor de los ricos que dejó de lado a los pobres. A fines de los años setenta, el 10% más rico de la población recibía el 21% del total del ingreso disponible. Veinte años más tarde, la cifra había aumentado a 28%, casi tanto como lo que recibía la mitad más pobre de la población. El ingreso anual promedio del 20% más rico aumentó alrededor de diez veces la tasa correspondiente al 20% más pobre (3,8% en comparación con el 0,4%). Así, el coeficiente de Gini del Reino Unido aumentó de 25 a 35 a mediados de los años noventa, uno de los mayores saltos en lo que se refiere a

desigualdad en el mundo. Este aumento en la desigualdad fue impulsado por dos fuerzas principales: cambios en la distribución básica de los ingresos y el efecto de las políticas fiscales que bajaron los impuestos a quienes ganaban más y disminuyeron los beneficios para los pobres” (PNUD, 2005d, pág. 77). Esto mismo señalaban Martin y Schumann (2001, pág. 256): “También en las Islas Británicas, el Estado europeo modelo del neoliberalismo, el sistema educativo y social se está acercando al nivel de un país en desarrollo. Uno de cada tres niños británicos crece hoy en la pobreza, y 1,5 millones de niños menores de dieciséis años tienen que trabajar por falta de apoyo social. Mientras en el continente cuatro quintas partes de las personas de 18 años prosiguen su formación, en Gran Bretaña menos de la mitad de los jóvenes de esa edad aprende algo más. Al mismo tiempo, el porcentaje de analfabetos asciende en vertical”.

Pero ¿nos debe importar verdaderamente la desigualdad? “La desigualdad importa porque se trata de un asunto fundamental para el desarrollo humano. Las desigualdades extremas de oportunidades y posibilidades de vida inciden de manera muy directa en lo que la gente está en condiciones de ser y de hacer, vale decir, en las capacidades del ser humano. Por ejemplo, los niños que enfrentan mayor riesgo de morir por nacer en lugar indígena de bajos ingresos o por ser de sexo femenino, tendrán claramente menos oportunidades de hacer realidad su potencial. Heredar desventajas de oportunidad es algo intrínsecamente nefasto: viola preceptos básicos de justicia social. Pero también existen poderosas razones instrumentales por las cuales debemos preocuparnos de la desigualdad: las profundas disparidades fundadas en la riqueza, la región, el género y el origen étnico son perniciosas tanto para el crecimiento como para la democracia y la cohesión social” (PNUD, 2005d, pág. 57). Si la desigualdad generalizada puede llevar incluso a incrementos de la inseguridad en todo el mundo –y más cuanto más extrema sea-, ello es más probable hoy día en que, también como una reacción psicosocialmente explicable, está aumentando el sentido de la identidad. Más en concreto, “en una época en la que el concepto de ‘choque cultural’ resuena con fuerza y de manera inquietante en todo el mundo, recobra particular importancia encontrar respuestas a la antigua pregunta de cómo manejar y atenuar de mejor forma los conflictos en torno al idioma, la religión, la cultura y la etnia. Para los profesionales dedicados al tema del desarrollo no se trata de una pregunta abstracta. Si el mundo desea lograr los Objetivos del Desarrollo del Milenio y erradicar definitivamente la

pobreza, primero debe enfrentar con éxito el desafío de construir sociedades inclusivas y diversas en términos culturales; esto solo es necesario para que los países puedan dedicarse a otras prioridades, tales como el crecimiento económico y la prestación de servicios de salud y educación para todos los ciudadanos, sino porque permitir la expresión cultural plena de toda la gente es en sí un importante objetivo del desarrollo” (PNUD, 2004, pág. V).

Las diferencias en oportunidades entre nacionalidades, razas, géneros y grupos sociales además de ser claramente injustas, llevan a un enorme desperdicio de potencial humano y, por tanto, a una gran pérdida de oportunidades de desarrollo. Además, “los efectos adversos de la desigualdad de oportunidades y de poder políticos sobre el desarrollo son tanto más perjudiciales debido a que las desigualdades económicas, políticas y sociales tienden a reproducirse a lo largo del tiempo y entre una generación y otra. A ese fenómeno lo denominamos ‘trampas de desigualdad’. Los niños en desventaja, de las familias del extremo inferior de la distribución de pobreza, no tienen las mismas oportunidades que los hijos de familias más acaudaladas de recibir educación de calidad. Entonces la expectativa económica para esos niños es ganar menos como adultos. Puesto que los pobres tienen menos poder en el proceso político, ellos –al igual que sus padres- estarán menos habilitados para influir en las decisiones de gasto para mejorar las escuelas públicas para sus hijos. Y así, el ciclo de bajos logros continúa” (Banco Mundial, 2005, pág. 2). Pues no olvidemos que “la distribución de la riqueza está estrechamente correlacionada con las distinciones sociales que estratifican a la gente, las comunidades y las naciones en grupos que dominan y grupos que son dominados. Estos patrones de dominación persisten debido a que el uso abierto y encubierto del poder refuerza las diferencias económicas y sociales. Las elites protegen sus intereses de maneras sutiles, por ejemplo mediante prácticas excluyentes en los sistemas de maridaje y parentesco, y de maneras menos sutiles, como la manipulación política agresiva o el uso explícito de la violencia. Esas desigualdades políticas, sociales, culturales y económicas superpuestas sofocan la movilidad y, por estar tan íntimamente ligadas al movimiento habitual de la vida, son difíciles de romper. La elite las perpetúa y a menudo los grupos marginados u oprimidos las asimilan de tal modo que les

dificulta a los pobres hallar la forma de salir de la pobreza². Consecuentemente, las trampas de desigualdad pueden ser realmente estables, pues también se transmiten de una generación a otra: los hijos de padres de menor estatus tienen posibilidades inferiores de educación, salud, ingresos y estatus. Como señala el Banco Mundial (2005, pág. 4), en Ecuador, los niños de 3 años de todos los grupos socioeconómicos obtienen resultados similares en pruebas de reconocimiento de vocabulario y están cerca de una población internacional de referencia estándar. Pero para cuando cumplen 5 años, todos se han rezagado con respecto al grupo internacional de referencia, excepto los de los grupos más acaudalados y con los más altos niveles de educación paterna. Diferencias tan pronunciadas en reconocimiento de vocabulario entre los niños cuyos padres tuvieron entre 0 y 5 años de escolaridad y aquéllos cuyos padres tuvieron 12 ó más años de educación formal, tienden a afectar su desempeño una vez que ingresen en la escuela primaria, y a persistir de ahí en adelante. También en países ricos se observa inmovilidad intergeneracional: nuevas evidencias de Estados Unidos (donde es fuerte el mito de la igualdad de oportunidades) revelan altos niveles de persistencia del estatus socioeconómico entre generaciones: estimaciones recientes sugieren que se necesitarían cinco generaciones para que una familia que gana la mitad del promedio nacional alcance ese promedio (Mazunder, 2005), siendo más pronunciada la inmovilidad en el caso de los afroamericanos de bajos ingresos. La principal razón de ello es, evidentemente, de tipo económico. Pero también son fundamentales las razones de tipo social, cultural y psicológico que de la pobreza se derivan. Los niños así criados desarrollan una autoeficacia baja y hasta un fuerte fatalismo para adaptarse a sus circunstancias vitales. Así, en un experimento reciente de Hoff y Pandey (2004), en la India, se obtuvieron evidencias sorprendentes del impacto de los estereotipos sobre el rendimiento escolar. A niños de diferentes castas se les pidió hacer ejercicios sencillos, como resolver una adivinanza, y se les ofrecieron incentivos monetarios reales dependientes del rendimiento. El resultado clave del experimento es que los niños de casta baja se desempeñan a la par con los de casta alta mientras el experimento no

² Como fácilmente puede constatar, el Banco Mundial critica duramente a las elites locales del Tercer Mundo y pretende sustituirlas por las elites internacionales. O sea, dado que las desigualdades provocadas por las elites locales, por ejemplo en África, producen pobreza, miseria y falta de oportunidades para los más pobres, el BM pretende implantar la liberalización de los mercados, que a muchos pobres les está haciendo más pobres aún y que está estableciendo una desigualdad entre los países como nunca antes se había visto.

anuncie públicamente su casta, pero empeoran significativamente cuando la anuncia. Si en el mundo real ocurre una inhibición similar del talento, ello supone una pérdida de rendimiento potencial debida a los estereotipos sociales.

Como vemos, el citado Informe del Banco Mundial sí habla ya de desigualdades, pero no de las causas que realmente las están produciendo. No hace ni una mínima crítica al “Nuevo Orden”, ni a las políticas del FMI, ni a las prácticas de las grandes transnacionales. Por el contrario, el mensaje del Banco Mundial es claro: los países pobres son pobres por su propia culpa, por no haber modernizado sus estructuras, por no haber abierto suficientemente sus fronteras para entrar en el mercado internacional, etc. Y es que, a mi modo de ver, ése es fundamentalmente el objetivo último de estos Informes: eximir de culpa en todo esto a los países ricos y a sus instituciones nacionales e internacionales. Sí hace el Banco Mundial un buen análisis del proceso por el que las instituciones terminan por reproducir la desigualdad y la pobreza, pero este análisis le restringe al interior de los países pobres y no le hace extensible al nivel internacional, como habría que hacer necesariamente en una época como la actual caracterizada precisamente por la globalización. Y sigue echándole la culpa a los países pobres de lo que les pasa, a través de la instauración de instituciones no adecuadas e incluso a través de la psicologización del problema (Banco Mundial, 2005, pág. 8): “En muchos países en desarrollo, las acciones del Estado en la provisión de servicios magnifican –en vez de atenuar- las desigualdades en el momento del nacimiento. Un principio guía es configurar la acción pública de tal manera que la adquisición de capacidades humanas no esté determinada por las circunstancias de nacimiento del individuo, aunque pueda reflejar preferencias, gustos y talentos de la gente. Puesto que las diferencias de desarrollo cognitivo empiezan a ensancharse a muy temprana edad, las iniciativas de desarrollo infantil temprano pueden ser fundamentales para una mayor igualdad de oportunidades. Las evidencias respaldan la opinión de que invertir en la primera infancia tiene grandes impactos en la salud y la disposición de los niños para aprender, y más adelante en la vida puede producir importantes retornos económicos –a menudo mayores que las inversiones en educación formal y entrenamiento. En Jamaica, un experimento centrado en niños de bajo crecimiento (de 9 a 24 meses de edad) reveló que estos niños tenían menores niveles de desarrollo cognitivo que los de estatura normal. Suplementos nutritivos y un programa de estimulación mental regular ayudó a

contrarrestar esta desventaja³. Al cabo de 24 meses, los niños que recibieron tanto mejor nutrición como más estimulación se habían puesto virtualmente a la par en desarrollo con los niños que iniciaron la vida con una estatura normal. Eso ilustra cómo una acción pública decisiva y bien diseñada puede reducir sustancialmente las brechas de oportunidad entre los menos privilegiados y la normalidad social. Invertir tempranamente en la infancia de las personas más necesitadas puede ayudar a nivelar el campo de juego”.

En conclusión, este informe del Banco Mundial (2005) da por sentado que el actual orden global neoliberal es perfecto, pero lo sería más si los países pobres ajustaran sus economías y sus instituciones a las directrices marcadas por el poder de este “Nuevo Orden”, es decir, el FMI, la OMC y el propio Banco Mundial. Claramente lo dice en la pág. 11: “Las desigualdades globales son masivas. Reducidas dependerá primordialmente de las políticas internas de los países pobres, a través de su impacto sobre el desarrollo. Pero la acción global puede cambiar las condiciones externas y afectar el impacto de las políticas domésticas. En este sentido, las acciones globales y las nacionales son complementarias. Vivimos en un mundo integrado en el que las gentes, los bienes, las ideas y el capital fluyen transnacionalmente. De hecho, casi todos los consejos sobre política dado a los países pobres en las últimas décadas –incluso el dado por el Banco Mundial- han enfatizado las ventajas de participar en la economía global”. En definitiva, los países pobres lo son porque no han sido capaces –o lo que es peor: no han querido- ajustar sus economías al orden global. Por consiguiente, es éticamente aceptable obligarles a hacerlo. Para eso están las “medidas de presión” del FMI y de la OMC, e incluso, si fuera necesaria, como en el caso de Irak, la intervención del “puño de hierro” de la actual globalización, que no es otro que el imponente y todopoderoso ejército norteamericano.

En todo caso, este Informe del Banco Mundial no habla de igualdad sino de *equidad*, y la entiende en términos de dos principios básicos (Banco Mundial, 2005, pág. 13): igualdad de oportunidades y evitación de la pobreza absoluta. Pero como la igualdad de oportunidades depende principalmente de los propios países, las

³ Pero la solución no es darles el pez, sino dejarles pescar, que pescar ya saben si les deja hacerlo.

instituciones internacionales, entre ellas el FMI, la OMC o la propia ONU, sólo tienen que ocuparse de evitar la pobreza absoluta que, por otra parte, la definen de una forma muy simplista: tener que vivir con menos de un dólar diario, lo que, para empezar, imponen ya el dólar, incluso lingüísticamente, como medida universal, y además eliminan la existencia de importantes y muy variadas diferencias entre distintas zonas del planeta (no es lo mismo vivir en una gran ciudad occidental, en una gran ciudad del Tercer Mundo o en el mundo rural).

Pero es que incluso la ONU se ocupa poco de la desigualdad, a pesar de que sí dice que “promover la globalización mientras se hace la vista gorda de las preocupaciones por la igualdad mundial es adoptar un enfoque cada vez más anacrónico ante los desafíos que enfrenta la comunidad internacional” (PNUD, 2005c, pág. 43), como subraya Búster (2005, pág. 142), el Proyecto del Milenio, del que luego hablaremos con más detenimiento, no pone especial énfasis en el problema de la desigualdad, a pesar de su crecimiento y a pesar de que diferentes estudios (Summers y Heston, 1991; Maddison, 2001) muestran claramente cómo la desigualdad es algo inherente al propio desarrollo histórico del sistema capitalista mundial. ¿No será por eso por lo que no se menciona la desigualdad? ¿No será ello precisamente el reflejo de la inoperancia de la ONU y de su puesta al servicio, al menos en parte, de la propia globalización neoliberal y del país hegemónico en tal globalización? Al fin y al cabo, no olvidemos que, como señala Búster (2005, pág. 144), “las exigencias de la lucha contra la desigualdad a nivel internacional chocarían con las pretensiones de una liberación general de los mercados”, uno de los principales pilares de esta globalización

6. Los objetivos del desarrollo del milenio

En el año 2000, la Asamblea General de las Naciones Unidas se constituyó en la Cumbre del Milenio con el fin de hacer una solemne declaración y acordar una serie de objetivos de desarrollo, que vinieron a llamarse Objetivos de Desarrollo del Milenio (ODM), que debieran alcanzarse para las primeras décadas del siglo XXI. Resulta interesante destacar el proceso de su elaboración y definición, ya que los objetivos aprobados por la Cumbre coinciden casi textualmente con los que el Comité de Ayuda

al Desarrollo (CAD) planteó en el año 1996 para los países donantes y que, evidentemente, fueron definidos por ellos mismos. Por tanto, la fijación de tales objetivos no fue el resultado de un diálogo entre países ricos y países pobres, sino que sólo significó la aceptación por estos últimos de lo que ya habían acordado los primeros. De ahí que la cooperación tenga como finalidad sólo que se facilite el alcanzar los objetivos fundamentales, por lo que solamente es necesaria a efectos de reducir la pobreza extrema, mejorar la educación y salud básicas y algunas cuestiones, no muy precisas, para la preservación del entorno, como luego veremos mejor. “Pero otros objetivos, como la equidad, la potenciación de los recursos humanos, avanzar en la igualdad de oportunidades, etc., no se plantean como meta de la cooperación. Es verdad que el Pacto del Milenio reconoce la necesidad de modificar las reglas de juego por parte de los países ricos. El objetivo 8 del Pacto afirma que resulta imprescindible que se produzcan cambios en las políticas de los países ricos en materia de ayuda al desarrollo, reducción de la deuda externa, reglas internacionales del comercio y transferencia de tecnologías si se quieren alcanzar los Objetivos del Milenio. Pero no se establecen compromisos precisos ni objetivos definidos, lo que no es de extrañar cuando ni siquiera se han estimado cuáles son los recursos necesarios para alcanzar los objetivos básicos” (Dubois, 2005, págs. 22-23).

Cinco años después, en enero de 2005, Jeffrey Sachs presentó el Informe del Proyecto Milenio al Ex-Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, informe que fue la base para el nuevo desarrollo de la Declaración del Milenio y, por tanto, para fijar los ODM. Esta Declaración tiene una gran importancia, especialmente porque, con el apoyo de la ONU, ya desde sus inicios pretendió convertirse en el nuevo paradigma de las políticas de cooperación para el desarrollo, sustituyendo al Consenso de Washington. Al nuevo consenso podemos llamarle “Consenso de Monterrey” o “Consenso del Milenio”. Sin embargo, tengamos en cuenta que para que los Objetivos del Milenio se hagan realidad es necesario cambiar muchas cosas y cambiarlas radicalmente, cambios que suponen incluso una transformación radical en la dirección de esta globalización, que la lleven a ser más cooperativa y más solidaria, es decir a que deje de ser ultraliberal y pase a ser otra cosa. Durante los últimos diez años la economía mundial ha mejorado sustancialmente y, sin embargo, las cosas no van bien a nivel de cooperación internacional. De hecho, “de mantenerse las actuales tendencias, la

humanidad estará muy lejos de cumplir los ODM. En lugar de aprovechar el momento, los gobiernos del mundo avanzan a tropezones hacia un fracaso en desarrollo humano ampliamente anunciado y fácilmente evitable, con profundas repercusiones no sólo para los pobres del mundo, sino para la paz, la prosperidad y la seguridad” (PNUD, 2005c, pág. 19). Pero esta dura, y altamente preocupante, declaración de la ONU se basa en datos concretos y precisos. Así, durante los últimos diez años está aumentando la tasa de mortalidad infantil en muchos países pobres⁴, está disminuyendo el número de niños escolarizados⁵ y sobre todo de niñas, está muriendo cada vez más gente por enfermedades fácilmente curables, se incrementa la mortalidad materna⁶ está aumentando el número de pobres, están subiendo los índices de desigualdad, etc. Los ODM no parecen que estén siendo alcanzados. Y es que, como tantas veces hemos dicho aquí, si la pobreza está disminuyendo poco, las desigualdades están aumentando mucho.

En conclusión, como reconoce la propia ONU (PNUD, 2005c, pág. 38) “la pobreza está disminuyendo, pero sólo lentamente desde mediados los años noventa y, entre tanto, la desigualdad mundial se mantiene a niveles extraordinariamente altos”. Además, los pueblos y los individuos de buena parte del problema están respondiendo a la actual globalización y a sus tendencias homogeneizadoras incrementando sus sentimientos como pueblos locales y reivindicando sus características particulares e idiosincrásicas, oponiéndose frontalmente a perder su identidad. De hecho, “la novedad, hoy es el surgimiento de la política de la identidad. En contextos muy diferentes y de modos también diversos –desde los pueblos indígenas de América Latina, las minorías

⁴ “Si en 1980 la tasa de mortalidad infantil era 12 veces más alta en África Subsahariana que en los países ricos, ahora lo es 20 veces” (PNUD, 2005c, pág. 30).

⁵ “La mayoría de los niños no matriculados en la escuela viven en África Subsahariana y Asia Meridional. En promedio, para un niño que hoy nace en Mozambique se puede esperar una asistencia de cuatro años a la educación formal, mientras que uno que nace en Francia asistirá 15 años con niveles de educación inmensamente superiores” (PNUD, 2005c, pág. 27).

⁶ Como informa la ONU (PNUD, 2005c, pág. 33), más de 15 años después del lanzamiento de la Iniciativa de Maternidad Segura de parte de los gobiernos del mundo, se calcula que cada año mueren unas 530.000 mujeres durante el embarazo o el parto. Estas muertes son la punta del iceberg. Al menos ocho millones de mujeres se ven aquejadas cada año de graves complicaciones durante el embarazo o el parto, con riesgos importantes para su salud. Al igual que en el caso de la mortalidad infantil, la gran mayoría de estas muertes ocurren en países en desarrollo, Asia Meridional y especialmente en África Subsahariana. El riesgo de morir por causas ligadas al embarazo fluctúa entre uno de cada 18 en Nigeria y uno de cada 8.700 en Canadá.

religiosas de Asia Meridional, las minorías étnicas de los Balcanes y África, hasta los inmigrantes en Europa Occidental- la gente vuelve a movilizarse en torno a antiguos resentimientos de carácter étnico, religioso, racial y cultural y exige el reconocimiento, la valoración y la acogida de su identidad por parte de la sociedad en su conjunto” (PNUD, 2004, pág. 1). Por consiguiente, uno de los más importantes desafíos de la época que vivimos es justamente hacerle frente a la diversidad cultural, gestionándola adecuadamente.

Y la creciente reivindicación de la identidad puede dificultar las mejoras hacia la igualdad, por ejemplo de género. De hecho, ¿no chocan así los intereses de los individuos frente a los intereses de sus etnias o culturas? Ciertamente, pero es necesario establecer prioridades. Así, el derecho a la educación de una niña siempre tendrá que estar por encima de la petición de su padre de que se respete la costumbre cultural de que su hija no asista a la escuela por razones religiosas o de otro tipo. Pero ello plantea otro problema serio: si los “derechos humanos”, derechos laicos, deben prevalecer sobre los estrictamente culturales o religiosos, ello debe aplicarse también a nuestra propia cultura, en la que la Iglesia Católica mantiene algunos privilegios y algunos hábitos que están claramente reñidos con los derechos humanos de igualdad de género.

La ONU parece entusiasmada con la Declaración del Milenio, cuando afirma que “el nuevo siglo ha comenzado con una declaración de solidaridad sin precedentes y con el firme propósito de acabar con la pobreza en el mundo⁷. En el año 2000, la Declaración del Milenio de las Naciones Unidas fue aprobada por la mayor concentración de jefes de Estado de la historia. Ésta comprometió a los países –ricos y pobres- a que hicieran todo lo posible para erradicar la pobreza, promover la paz, la democracia y la sostenibilidad ambiental. Estos dirigentes prometieron unir fuerzas para lograr que, para el año 2015 o antes, se cumpliesen unos objetivos concretos de avance en el desarrollo y reducción de la pobreza” (PNUD, 2003, pág. 1), subrayando

⁷ El cinismo de esta declaración es alarmante, al menos por dos razones. En primer lugar porque es una clara exageración decir que esta declaración no tiene precedentes, y en segundo lugar porque, como luego veremos, ni siquiera en sus intenciones se pretende terminar con la pobreza en el mundo, sino sólo reducirla a la mitad en 2015, además de que se refiere exclusivamente a la pobreza de quienes viven por debajo de un dólar y sabiendo sobradamente que no se cumplirá, ni de lejos, las previsiones: estamos claramente ante una medida propagandística que pretende ante todo desviar la atención de los efectos que realmente está teniendo esta globalización ultraliberal.

eufóricamente (PNUD, 2003, pág. IV) que estos ODM “están transformando la naturaleza del desarrollo”. Pero, añade a renglón seguido este mismo Informe que “a pesar de estos compromisos de reducir la pobreza y avanzar en otras áreas del desarrollo humano, en la práctica –como queda demostrado en este Informe- su implementación en el mundo se está retrasando... Durante la pasada década, más de 50 países se han empobrecido y muchos de ellos ven ahora cómo sus tasas de esperanza de vida caen en picado a causa del VIH-SIDA. En algunos de los más retrasados –a menudo desgarrados por conflictos- se reducen de forma importante las tasas de matriculación y el acceso a la atención sanitaria básica. Además, el medio ambiente se está deteriorando en casi todo el mundo”. De hecho, añade este Informe (pág. 3), la situación en el mundo ha empeorado durante la década de los 90 tanto en cuanto a la pobreza (que aumentó en 37 de los 67 países de los que se tienen datos), en cuanto al hambre (que ha aumentado en 21 países), en cuanto a mortalidad infantil (que aumentó en 14 países), etc.

Ahora bien, si los compromisos internacionales anteriores no han solucionado el problema sino que éste, por el contrario, ha empeorado incluso en unos años en que el crecimiento económico mundial aumentó muchísimo, ¿por qué nos vamos a creer que este nuevo “compromiso” sí dará los frutos esperados? ¿qué ha cambiado? Lo único importante que ha cambiado es que ha llegado al poder en Estados Unidos la administración Bush que, sin ninguna duda, es mucho menos de fiar a la hora de esperar mejoras en estos indicadores, así como, su clara intención de restarle poder a la ONU y a las organizaciones internacionales que pretenden aumentar la igualdad y disminuir la pobreza en el mundo. De hecho, la política del FMI exige la reducción de impuestos, la privatización generalizada de los bienes estatales y la consiguiente merma de la fuerza de los poderes públicos. En definitiva, el contenido del Consenso de Washington y el de la Declaración del Milenio son intrínsecamente incompatibles Y tanto Jeffrey Sachs (2005a, 2005b) como la propia ONU (PNUD, 2003), tan dignos de elogios en otros aspectos, no suelen denunciar suficientemente esta incompatibilidad, que es la que, en última instancia, es la responsable del gran retraso que existe en la consecución de los ODM.

Tal retraso –incluso retroceso claro en muchos casos- se está produciendo precisamente allí donde, a mi modo de ver, es más crucial reducirlo: en las

desigualdades. Como señalaba El *Informe sobre Desarrollo Humano 2002* (PNUD, 2002), aunque la definición de desigualdad de ingresos global es confusa y sus tendencias son ambiguas, existe un consenso generalizado sobre lo vergonzoso de sus niveles: esto no ha cambiado. Los ingresos se distribuyen más desigualmente entre los habitantes de la tierra (con un coeficiente Gini⁸ de 0,66) que en el país más desigual (Brasil, por ejemplo, tiene un coeficiente de 0,61). El 5% más rico de la población mundial recibe 114 veces los ingresos del 5% más pobre. El 1% más pobre recibe tanto como el 57% más pobre. Y los 25 millones de norteamericanos más ricos tienen tantos ingresos como los casi dos mil millones de personas más pobres del mundo (Milanovic, 2002). Además, y en contra de lo que dicen muchos neoliberales, como es el caso por ejemplo de Guillermo de la Dehesa (2002), la pobreza en el mundo está incrementándose, si no contabilizamos Vietnam y especialmente India y China, países que sí han reducido la pobreza pero gracias a que no siguieron las políticas del FMI y del BM. Así, según cálculos del propio Banco Mundial (2003), basados en estudios de consumo, el porcentaje de personas que viven con menos de un dólar diario descendió en China del 33% en 1990 al 16% en 2000, y en la India del 42% en 1993-1994 al 35% en 2001. En China está disminuyendo la pobreza, pero está aumentando la desigualdad.

7. Crítica a la declaración del milenio y a la ayuda oficial al desarrollo

La Declaración del Milenio y la Ayuda al Desarrollo son dos temas estrechamente relacionados, por lo que debemos tratarlos juntos. Comencemos recordando, con Rodríguez Gil (2005, pág. 151), que la llamada cooperación al desarrollo ha venido reduciendo drásticamente sus recursos desde los años noventa del siglo XX, ha perdido importancia geopolítica y económica, y se ha convertido en auxiliar del capitalismo globalizado y neoliberal. Es en este contexto en el que aparece la Declaración del Milenio, que dice defender la necesidad de cambiar drásticamente esa trayectoria, incrementando sustancialmente la ayuda al desarrollo. Sin embargo, si analizamos detenidamente su contenido y sus incoherencias las cosas aparecen de otra manera y nos hace, indefectiblemente, recordar aquellas palabras que el Presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy, sin tapujos y sin cinismo alguno, dijo en 1960, en un

⁸ El coeficiente Gini es una medida de la desigualdad de ingresos que va desde 0, que indica una igualdad perfecta, hasta 1, que indica una desigualdad total.

discurso sobre la “Alianza para el Progreso”: “La ayuda al extranjero es un método por el cual Estados Unidos mantiene una posición de influencia y de control sobre el mundo entero y sostiene a algunos países que de otro modo se pasarían al campo soviético”. De forma parecida, el 30 de septiembre de 1968 y ante los gobernadores del Banco Mundial, su entonces presidente, Robert McNamara dijo: “La parte de los fondos aportados por la ayuda que queda en los países en desarrollo es muy poca. Prácticamente todo el dinero otorgado vuelve rápidamente a los países ricos bajo la forma de productos comprados a ellos”. En esta línea parece colocarse la Declaración del Milenio, pero con dos modificaciones sustanciales: que el mundo soviético ya no existe, por lo que no es necesario ya ayudar mucho al mundo pobre, y que ahora puede hacerse en nombre de la propia ONU, pues ésta está ya bien controlada y manipulada por el poder hegemónico mundial. No es raro, pues, que el socialista François Mitterrand dijera en Génova, en julio de 1994, tras la reunión del G7: “Pese a las sumas considerables dedicadas a las ayudas bilaterales y multilaterales, los flujos de capitales que van de África hacia los países industriales son más importantes que el flujo de aquellos hacia los países en desarrollo”.

La conclusión que deberíamos extraer de todo lo anterior es realmente muy preocupante: “...la única cooperación al desarrollo que realmente ha existido es la que indica el sentido gramatical de la frase: es decir la que los trabajadores y trabajadoras de los países subdesarrollados han prestado a los capitales de los países que llamamos desarrollados, y no al revés. Y esto ha venido siendo así desde los inicios del capitalismo, con el establecimiento de un sistema de saqueo que ha utilizado siempre la guerra y el comercio, y también la presencia directa de empresas y capitales. Un sistema que se inició con el colonialismo, continuó con el imperialismo y que se mantiene e incrementa en la globalización neoliberal” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 155).

Lo anterior, que a algunos les pudiera parecer falso o, al menos, exagerado, es cierto y ajustado a los hechos. En efecto, son numerosas las fórmulas, a veces manifiestas y a veces sutiles, que tiene el Norte rico para sacar recursos del Sur pobre, entre las que mencionaremos las principales (Rodríguez Gil, 2005, pág. 156):

- Las que produce el continuo deterioro de los términos de intercambio de los productos de exportación de los países subdesarrollados, frente a los productos de los países industrializados;

- El pago de los intereses y el capital de la deuda externa a los gobiernos, instituciones y bancos de los países desarrollados;

- La fuga de capitales hacia el Norte;

- Los beneficios repatriados por las multinacionales que operan en el Sur;

- Los inmensos beneficios que las multinacionales del Norte obtienen por el manejo del comercio de los productos del Sur;

- El descarado y unilateral sistema de cobro de patentes, “royalties” y derechos de propiedad intelectual que se les impone a los países pobres;

La diferencia de los tipos de interés entre el Norte y el Sur (desfavorables a estos últimos países);

- La compra por las multinacionales a precios de saldo de las empresas públicas privatizadas en el Sur (empresas que fueron creadas en base al ahorro de varias generaciones);

- La transferencia de los recursos humanos más productivos y la “fuga de cerebros” desde el Sur al Norte (alentada por estos últimos países a través de programas de becas o de emigración selectiva); etc.

Sin embargo, como vemos, esto no es algo nuevo. Por el contrario, la Ayuda Oficial al Desarrollo (AOD) ha sido desde su mismo nacimiento un complemento a las estrategias de dominación del capital. “La política exterior fue el factor determinante en la puesta en marcha del sistema de AOD, tras la Segunda Guerra Mundial. Esta política nació íntimamente ligada a la ‘guerra fría’ y fue impulsada fundamentalmente por Estados Unidos, con el objetivo de disputar espacios de influencia a la URSS y, tras la primera ola de revoluciones en los países subdesarrollados (China, Cuba, Vietnam, Corea...), de servir de complemento ‘civil’ en la lucha contra los movimientos revolucionarios, es decir, como política contrainsurgente. Pero también la cooperación al desarrollo jugó un papel importante en el reparto de influencias entre el llamado bloque occidental. Estados Unidos impulsó planes para la reconstrucción en Europa y Asia, que le permitió dar salida a su gigantesca industria militar en reconversión y asentar su influencia política y económica. También, este país que emergía como la

potencia dominante en la posguerra, pero que carecía de un imperio colonial, impulsó la descolonización, en la medida en que ésta le abría el camino a ampliar su presencia política y económica en las antiguas colonias, y la ‘ayuda’ fue un instrumento de la extensión de esta influencia. Mientras, los países europeos situados en el campo de los vencedores, impulsaron también la ‘ayuda’, como fórmula para atenuar la pérdida de control que podía suponer la descolonización. Asimismo, la ‘ayuda’, o la cooperación al desarrollo como enseguida empezó a llamarse, fue utilizada por todos los gobiernos ‘amigos’, como instrumento geopolítico para disputar, crear o consolidar áreas de influencia, como elemento de apoyo en la competencia anterimperialista, como complemento de la política de penetración cultural o lingüística, etc.” (Rodríguez Gil, 2005, págs. 152-153). Por otro lado, añade este autor, la política económica, especialmente en su lado comercial, de inversiones de capital y de promoción de la industria y de la tecnología del Norte, impulsó también la AOD e hizo que ésta desplegara, entre otros, instrumentos crediticios y de ayuda ligados a la compra de productos y servicios en el país donante, lo que sirvió, además de para mejorar las exportaciones de los países industrializados, para introducir tecnología y empresas del país donante. En otros casos, la Ayuda fue la contrapartida para conseguir privilegios comerciales o financieros para los capitales del país donante, o facilidades para instalar sus empresas, conseguir concesiones y explotaciones de recursos naturales, contratos públicos o privados, información privilegiada, etc.

Pero hay aquí otro aspecto preocupante, por su enorme cinismo. Me refiero a la falsificación de los datos de la AOD. Tengamos presente que, como señala Rodríguez Gil (2005, págs. 158-159), “la contabilidad es realizada por el Comité de Ayuda al Desarrollo (CAD) de la OCDE, en base a las cifras facilitadas por cada uno de los países donantes. Así, este organismo de los donantes se limita prácticamente a publicar los datos enviados por los países miembros, sin que sean supervisados por ningún organismo externo, ni cotejados con los países receptores. También existen evidencias de que muchos gobiernos miembros del CAD, probablemente todos, contabilizan varias veces los mismos recursos (por ejemplo, una vez cuando se presupuestan otra vez cuando se ejecutan; fondos que aparecen contabilizados en dos o más programas o proyectos a la vez; costes dudosos que son incluidos como gastos, etc.”. Además, es el

propio CAD quien establece las normas que definen qué gastos pueden considerarse AOD y cuáles no, las normas que permiten incluir flujos de recursos cuyo papel de ayuda es más que dudoso, como, por poner sólo unos ejemplos, los préstamos del Banco Mundial o del FMI, créditos de país a país o a empresas privadas, “ayudas” ligadas a realizar compras en el país donante, condonación de la deuda, donaciones militares y gastos de las expediciones militares, gastos burocráticos y diplomáticos de los países donantes, etc. Finalmente, “el CAD publica esos datos sin las separaciones estadísticas que permitirían analizar mejor el destino real de la ‘ayuda’. Por ejemplo, no se desglosa la ‘ayuda’ que es gastada en el propio país donante o que retorna al mismo por la obligación o inducción a comprar suministros o equipamientos en él, o los salarios de sus cooperantes y técnicos, o los presupuestos destinados a oficinas o equipamientos de la cooperación oficial, etc.” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 159).

Y por si todo lo anterior no fuera suficientemente preocupante, añadamos, con Rodríguez Gil (2005, págs. 160-161), que “el modelo AOD surgido en la posguerra empezó a dejar de ser útil desde finales de los años ochenta del siglo pasado. Por un lado, el principal factor geopolítico que la habría impulsado se desvaneció, al desaparecer el ‘socialismo’ estalinista del este de Europa e integrarse esos países a los arrabales del capitalismo, a la vez que se producía la deriva hacia el capitalismo del ‘socialismo’ maoísta y las derrotas de la mayoría de los movimientos revolucionarios en América Latina, África y Asia (junto con la integración y, en muchos casos, la corrupción de sus dirigentes). Por otro lado, la apertura generalizada de los mercados de los países subdesarrollados a los capitales y mercancías de los países industrializados (forzada a través de los mecanismos de la deuda externa, los planes de reforma estructural y también por la ‘cooperación’) contribuyó también a la pérdida de papel de la AOD como facilitadora de la penetración comercial”. A la vez, en la década de los noventa desapareció prácticamente la ayuda exterior que proporcionaba la URSS y otros países del bloque socialista, ayuda que había sido realmente importante en América Latina, sobre todo en Cuba o Nicaragua, en África y en Asia. Más todavía, algunos de esos países “socialistas” pasaron de ser donantes a ser receptores de ayuda y a compartir con los viejos destinatarios los disminuidos fondos de la Ayuda Oficial al Desarrollo. Todo ello tuvo tres importantes consecuencias:

1) *Reducción de la ayuda*: la AOD de los países del CAD cayó a casi la mitad de su máximo histórico. Así, si en 1967 la ayuda había alcanzado el 0,41 del PNB de los países del CAD, en lo que llevamos de este siglo la media de la ayuda ronda el 0,23%. Estados Unidos, por ejemplo, destinó en 1997 únicamente el 0,08% de su PNB, el 0,1% en 1998, 1999 y 2000, el 0,13% en 2002 y el 0,14% en 2003, pero tengamos en cuenta además que ese pequeño repunte de esos últimos dos años se debe principalmente a la inclusión en la AOD de los fondos para la “reconstrucción” de Afganistán e Irak. A la vista de estos datos, ¿son creíbles las promesas de la Declaración del Milenio y son fiables los Objetivos del Milenio? Todo parece indicar que no. De hecho, desde que lleva aplicándose está fracasando. Pero sigue cumpliendo su, a mi juicio, principal objetivo: dar la sensación de que se está haciendo mucho contra la pobreza. Se trataría, pues, más de una campaña de propaganda que de una campaña contra la pobreza.

2) *Sentimiento de fracaso*: no es de extrañar, tras lo que llevamos dicho, que la población vaya sintiendo que todo ello sirve de muy poco. Más bien, “la Ayuda al Desarrollo es ahora considerada una política fracasada por sus anteriores defensores. Es ahora cuando se señala la muy limitada eficacia que la Ayuda ha tenido como instrumento al servicio del desarrollo. Los gobiernos de los países desarrollados y algunas instituciones internacionales y especialistas comenzaron hace más de diez años a desvelar, con prudencia o con escándalo, ese secreto, que sin embargo era conocido por las poblaciones de los países subdesarrollados desde hacía muchos más años” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 162). Y el factor clave del fracaso de la AOD estriba en que no ha impulsado realmente el desarrollo, entre otras cosas porque esa voluntad de impulsar el desarrollo “sólo ha estado presente en el discurso oficial, en las manifestaciones interesadas de los organismos multilaterales y en la necesaria coartada profesional de los especialistas, pero nunca en las aspiraciones reales de los que la impulsaron. Cómo van a pretender los gobiernos de los principales países capitalistas impulsar el desarrollo cuando el subdesarrollo es, en lo fundamental, una situación de dependencia muy rentable para los grandes capitales” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 164).

3) *Puesta de la AOD al servicio del capitalismo neoliberal*: además de la brusca reducción de la AOD, ésta se ha ido adaptando a los nuevos tiempos y, por consiguiente, a las nuevas necesidades del tardocapitalismo global, siendo destinada a cubrir, “por un lado, un papel de apoyo a los programas neoliberales de intervención

económica (fundamentalmente a través de la cooperación canalizada por los organismos multilaterales, pero también a través de la cooperación gubernamental) y, por otro lado, encaminando la ayuda hacia proyectos asistencialistas cuya misión es servir de paliativo frente a los planes de ajuste estructural que se han impuesto en la mayoría de estos países (fundamentalmente a través de la cooperación no gubernamental)” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 165). Ahora bien, añade Adolfo Rodríguez Gil, si los factores de política exterior y comercial hacen cada vez más prescindible el tradicional sistema de Ayuda al Desarrollo, ciertos factores de política exterior e interior todavía aconsejan mantener algunos de sus aspectos propagandísticos, en la medida en que todavía existe cierta presión a favor de la Cooperación al Desarrollo dentro de los países del Norte y todavía ésta es un factor que ayuda al mantenimiento de los mitos de la solidaridad en las “democracias occidentales”. De ahí la hipócrita Declaración del Milenio o el no menos hipócrita macroconcierto Live-8 londinense, fantásticamente publicitado. Y es sólo en este aspecto, en el de la propaganda, en el que la Declaración del Milenio está teniendo un indiscutible éxito. Se destinan menos recursos, se condiciona más la ayuda y su calidad disminuye, pero se habla más de ella (véase en Rodríguez Gil, 2005, una fuerte crítica, bien documentada, al funcionamiento de las ONGs).

Analicemos ahora, siquiera someramente, el Informe del Milenio que comienza de forma muy prometedora: “El próximo decenio nos brinda la oportunidad de reducir en un 50% la pobreza en el mundo. Miles de millones más de personas podrán aprovechar los beneficios de la economía mundial. Pueden salvarse decenas de millones de vidas. Las soluciones prácticas existen. El marco político está establecido. Y por primera vez el costo es verdaderamente asequible. Sean cuales fueran los motivos que puedan impulsar a cada uno a resolver la crisis que plantea la pobreza extrema – derechos humanos, valores religiosos, seguridad, prudencia fiscal, ideología-, las soluciones son las mismas. Lo único que se precisa es pasar a la acción”. El gran problema es que tal vez ello sea más de lo mismo, pues algo no muy diferente decía ya la Cumbre del Milenio de 2000 y los frutos no se vieron por ningún sitio. ¿No será que la Declaración del Milenio no es sino una pomposa campaña de distracción para entretener al personal hasta que, cuando se constate su fracaso, se venda a bombo y platillo otra Declaración que resolverá, por fin esta vez sí, todos los problemas? De

hecho, a pesar de que muchas de las medidas que se proponen son sin duda positivas, sin embargo “su mayor peligro es que puede convertirse en el referente del sector socio-liberal del movimiento altermundista, una especie de ‘Tercera Vía’ de las políticas de cooperación al desarrollo, dividir al movimiento y cerrar el debate sobre una alternativa real al subdesarrollo. Una alternativa que pasa por el cuestionamiento profundo del marco institucional de regulación económica global, de sus opciones políticas –cuando se encuentra en crisis el Consejo de Washington- y el nuevo desorden mundial que le acompaña, empantanado en Irak” (Búster, 2005, pág. 148). Por ello, en tal Declaración no existe ninguna crítica seria a la actual globalización neoliberal ni se contempla ninguna medida que pueda obligar a los países ricos a ayudar a los pobres: todo es voluntarismo y promesas en el aire. Y sin embargo, “es importante recordar que el crecimiento de la pobreza que conocemos hoy no es el resultado de una resistencia a la modernidad del mercado, no es la herencia de un pasado pre-capitalista. Es, por el contrario, el producto directo de la lógica de la acumulación del capital en su desarrollo desigual y combinado. Las dos décadas de globalización neoliberal que hemos padecido no sólo no han roto esta tendencia histórica, sino que le han dado un carácter mundial, poniendo las bases de su expansión en la medida en que los ciclos de la acumulación capitalista hoy afectan a todas las economías nacionales. La primera crisis económica capitalista en China zanjará el debate con más eficacia que cualquier estadística y mostrará hasta qué punto el problema de la pobreza está ligado a la nueva fase de acumulación primitiva del capital que es la base de la globalización del mercado mundial” (Búster, 2005, pág. 148).

Y ése es, a mi juicio, el error del bienintencionado reformista Sachs, que cree que es posible conseguir los ODM dentro de esta globalización capitalista hegemónica a nivel planetario y comandada por los “neocons” de la Administración de Bush, sin cambiar su trayectoria ultraliberal y sencillamente aplicando un neoliberalismo de rostro humano. Olvida que en ese supuesto capitalismo compasivo, la compasión es insuficiente para solucionar los graves problemas que tienen varios miles de millones de personas y para reducir de forma importante las galopantes desigualdades que se están instalando –y parece que para quedarse al menos durante mucho tiempo- en nuestro planeta.

Para entender mejor las críticas que haremos a la Declaración del Milenio, resulta útil no olvidar el balance del Consenso de Washington, acuerdo internacional que le precedió y que, en el fondo, perseguía los mismos objetivos, y basándose en la misma premisa: el libre mercado solucionará todos los problemas. Pues bien, tras años de aplicación, un análisis básico de los resultados del desarrollo señalan su fracaso, incluso en su objetivo central, que era el crecimiento económico sostenido. Ninguno de los países en desarrollo que pusieron en práctica esas políticas fue capaz de conseguir un crecimiento sostenido que les permitiera doblar su renta por cápita; lo que hubiera supuesto, al menos en teoría, acceder a unas oportunidades que acercasen esas sociedades a los objetivos básicos del desarrollo convencional. En cambio, otros países, como China, gracias precisamente a que no aplicaron las recetas del Consenso de Washington, consiguieron resultados mucho mejores.

Las consecuencias del Consenso de Washington son bien conocidas: una importante desaceleración de la reducción de la pobreza y un fuerte aumento de las desigualdades. “Las graves consecuencias sociales que supuso para los sectores populares ya fueron denunciadas a mediados de los ochenta pero, a pesar de las críticas, su implantación fue avanzando, hasta alcanzar a comienzos de los noventa su punto máximo de imposición como estrategia única de desarrollo a seguir por todos los países. Las críticas se agudizan sobre todo a partir de mediados de los noventa haciendo que la hegemonía del Consenso empiece a debilitarse”(Dubois, 2005, pág. 12), principalmente a causa de un aspecto crucial aquí ya tratado: su fracaso a la hora de resolver la pobreza. “Un fenómeno que algunos consideran que empieza a convertirse en una amenaza para el sistema y que, para otros, supone el impedimento principal para el desarrollo, sobre todo porque se convierte en un escándalo ético para una comunidad internacional que pretende legitimar su orden en la democracia y la convivencia pacífica. La pobreza se presenta como el gran desafío del desarrollo en un mundo que posee recursos más que suficientes para satisfacer las necesidades básicas” (Dubois, 2005, pág. 13). Hasta tal punto esto es importante y marca una tendencia que casi podemos decir que la Declaración del Milenio y su ODM es el “Nuevo Consenso”, que sustituye al “Consenso de Washington”, y en el que el BM, el FMI, la ONU, la OCDE y la mayoría de los países donantes coinciden en identificar los objetivos del desarrollo con los de la lucha contra la pobreza, sobre todo la extrema, y especialmente porque si se tuviera

éxito, ello tendría sin duda una enorme fuerza propagandística. Tal estrategia se basa en dos asunciones básicas (Dubois, 2005):: la primera, la identificación de los objetivos de desarrollo con los de reducción de la pobreza, abandonando plantearse metas ambiciosas y con una concepción estrecha de la pobreza; y la segunda, la comprensión de la pobreza desde su funcionalidad para la seguridad global. Es decir, la pobreza no constituye una referencia en sí misma, sino sólo en cuanto sus efectos o consecuencias preocupan al orden social establecido.

Pues bien, aunque son muchos los que, en parte de forma muy comprensible, se han entusiasmado con los Objetivos del Milenio, sin embargo “si se analizan con detalle los objetivos y las metas, se ve los que los ODM significan un importante retroceso incluso en el terreno del discurso de la cooperación al desarrollo. Muy mal deben andar las cosas, cuando hasta en las promesas (en las que la cooperación al desarrollo ha sido tan generosa y que son tan fáciles de hacer como de no cumplir), los programas a largo plazo se limitan a proponer el alivio parcial de la situación. En este mismo sentido, los objetivos del milenio no plantean ningún cambio sustancial en el actual modelo político y económico internacional. Se centran en la ‘ayuda’ y no en la superación de las causas que provocan la pobreza y el hambre” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 170). De hecho, es revelador que el término “desarrollo” aparezca sólo dos veces, la primera en el propio título del documento (*Objetivos de Desarrollo del Milenio*) y la segunda en el octavo objetivo, cuando se plantea “fomentar una asociación mundial para el desarrollo”. Además, como subraya Rodríguez Gil (2005), la primera meta que se establece en ese objetivo es plenamente coincidente con la tesis teórica central del capitalismo neoliberal, que no es otra que “desarrollar aún más un sistema comercial y financiero abierto, basado en normas, previsibles y no discriminatorio”. Los ODM, pues, establecen que la primera y la principal fórmula para impulsar el desarrollo es la apertura comercial, lo que, como demuestra la experiencia histórica⁹, a quien beneficia es justamente a los países ya desarrollados y a sus grandes empresas.

⁹ No olvidemos que históricamente no existe ni un solo caso importante en que un país haya alcanzado el “desarrollo” capitalista y la industrialización sin haber protegido selectivamente sus industrias y sus mercados de la competencia internacional y buscando en el mercado mundial las mejores oportunidades en cada momento. Ahora, en cambio, los países que, precisamente por haber protegido su mercado y su economía han conseguido una posición envidiable económicamente, pretenden que los que aún no la han conseguido no puedan protegerse contra sus ataques económicos y comerciales.

La segunda meta del objetivo octavo no puede ser más ambigua (“Atender a las necesidades especiales de los países menos adelantados”), tanto en el enunciado (¿qué significa atender? ¿cuáles son las necesidades especiales?), como en el calificativo que utiliza para referirse a los países empobrecidos. La cuarta meta pretende “Encarar de manera general los problemas de la deuda de los países en desarrollo con medidas nacionales e internacionales con el fin de hacer la deuda sostenible a largo plazo”, es decir, que lo único que se intenta es que los países pobres estén en condiciones de pagar la deuda, aunque sea a un precio demasiado alto para su población. La sexta meta (“En cooperación con las empresas farmacéuticas, proporcionar acceso a los medicamentos esenciales en los países en desarrollo”) pretende subordinar el acceso a los medicamentos a la cooperación que puedan prestar las multinacionales de la farmacia, y ello en plena epidemia del SIDA y con la pandemia del paludismo y otras enfermedades haciendo estragos, y en unos momentos en que las multinacionales farmacéuticas imponen, con el apoyo de Estados Unidos, de la Unión Europea y de Japón, el injusto y unilateral cobro de patentes y un modelo de medicina basado en el uso desmesurado de fármacos.

Por último, entre los otros objetivos destacan por su doblez el primero y el cuarto. El primero (“Erradicar la pobreza extrema y el hambre”) intenta “reducir a la mitad el porcentaje de personas cuyos ingresos sean inferiores a un dólar al día” y “reducir a la mitad el porcentaje de personas que padecen hambre”. Es decir, no se trata de erradicar la pobreza extrema y el hambre (metas perfectamente posibles en un mundo que produce más que suficiente para garantizar las necesidades básicas de toda su población), sino de reducirlas a la mitad y, además, considera el vivir con menos de un dólar al día como pobreza extrema, cuando ese dudoso nivel monetarizado para medir la pobreza supone en la mayor parte de los países subdesarrollados estar en la miseria más absoluta. El cuarto (“Reducir la mortalidad infantil”) intenta “reducir en dos terceras partes la tasa de mortalidad infantil de los niños menores de cinco años”, lo que supone admitir que si se cumplen los objetivos del milenio, en el año 2015 morirán unos 10.000 niños cada día por causa de “enfermedades que se pueden evitar”. Ahora bien, “si los OMD no suponen ninguna agenda para el cambio real, no plantean ni un análisis ni una salida al subdesarrollo y la pobreza, incluyen como soluciones planteamientos

neoliberales que profundizan la miseria, el desempleo y la marginación de las mayorías, lo que los hace más inútiles, es que ninguno de ellos se cumplirá en 2015 y que posiblemente la mayoría de las situaciones que los motivan, de continuar la tendencia actual, habrán empeorado en esa fecha” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 174).

Una primera prueba del fracaso de la Cumbre del Milenio llegó pronto: dos años después, la Cumbre de Monterrey, celebrada en 2002 y cuyo principal objetivo consistía en los países ricos comprometieran los fondos para cumplir los ODM, terminó en un rotundo fracaso. “En esa Cumbre no sólo no se comprometieron los fondos necesarios, sino que se aprovechó para adaptar todavía más el discurso de la AOD al discurso y a la práctica neoliberal” (Rodríguez Gil, 2005, pág. 174). Es más, allí se dio ya por enterrada la vieja aspiración de alcanzar el 0,7% del PNB o del PIB a la ayuda al desarrollo. Pero a esos fracasos ya nos tienen acostumbrados. Así, ya hace más de treinta años, en 1974, los países de la ONU dieron su apoyo a la llamada Revolución Verde¹⁰ en la Primera Cumbre Mundial de la Alimentación “para acabar con el hambre en el mundo en una década”. El resultado fue todo lo contrario. “Además de crecer el hambre, arrasó las distintas agriculturas y ecologías existentes en el planeta, produjo una mayor dependencia económica, tecnológica y alimentaria de los países pobres y propició el aumento de su deuda externa. Para pagar los intereses de la deuda, estos países se vieron obligados a producir cultivos de exportación para el mercado internacional y a importar los alimentos básicos y más baratos para su población. La Revolución Verde consiguió el desarrollo del mercado mundial de alimentos, a costa de la soberanía y la seguridad alimentaria de cientos de millones de personas en el mundo” (Galindo, 2006, pág. 36). La mal llamada Revolución Verde, pues, no acabó con el hambre en el mundo, sino que la incrementó sustancialmente. Pero sí produjo pingües beneficios a los países ricos del planeta y a sus grandes empresas.

Y es que a los “nuevos amos del mundo”, como les llama Ziegler (2004), no les preocupa realmente la pobreza sino sólo la seguridad. “Y la tarea de la gobernanza global neoliberal es ofrecer a los Estados débiles las capacidades que necesitan para

¹⁰ Como se trata de una mera campaña propagandística engañan siempre con el lenguaje, y en este caso le llaman Revolución Verde cuando realmente se trataba de fomentar una agricultura industrial, pero en ese momento el “movimiento verde” tenía en Europa un gran éxito, sobre todo en Alemania, con una gran difusión mediática.

fortalecerse y para que sean capaces de poner su economía y el país entero al servicio de la política neoliberal global. Y es por eso por lo que el Banco Mundial no tiene nada que decir sobre el papel del capitalismo neoliberal como causante de la pobreza en el sistema mundial¹¹. En la práctica, el supuesto que se encuentra en el corazón del modelo de seguridad ortodoxa es achacar a la falta de profundización en las reformas que se proponen la causa primera del desarrollo desigual y de la producción de pobreza” (Dubois, 2005, pág. 18). Y con estos mimbres, pocos cestos pueden hacerse: no debe, pues, extrañarnos que las ODM no se estén alcanzando. Y no se alcanzan porque detrás de tanto golpe de pecho, nada ha cambiado básicamente. La Declaración del Milenio ha sido una mera nueva estrategia para conseguir lo mismo que el Consenso de Washington: poner a los países pobres y al planeta entero al servicio de los intereses de los más ricos, especialmente al de sus grandes multinacionales. Por eso J. Sachs habla mucho de pobreza, pero critica poco las verdaderas causas de tal pobreza, que es el modelo neoliberal dominante. “El diagnóstico sobre las causas de la pobreza y la desigualdad se resume en proclamar la inadecuación de las políticas practicadas por los países con el nuevo escenario internacional, inadecuación que consideran puede y debe superarse y cuya solución se encuentra fundamentalmente en manos de los propios países. Si aplicaran convenientemente las políticas económicas, verían desaparecer progresivamente la dimensión de su pobreza” (Dubois, 2005, págs. 18-19)

Además, lo más grave es que “los Objetivos del Milenio olvidan los aspectos no materiales: las cuestiones políticas y socioculturales. Sin embargo, hay que afirmar enfáticamente que los derechos, la libertad, la dignidad, etc., son componentes básicos del bienestar y por ello forman parte de la buena vida exigible. Merecen atención por sí mismos. Su introducción en la estrategia contra la pobreza no es una cuestión teórica, sino que implica proceder a elaborar otro tipo de políticas y a plantearse otros resultados e indicadores” (Dubois, 2005, pág. 23). Y es que, como señala Sousa Santos (2003) hay que pasar de un paradigma de la regulación a un paradigma de la emancipación, lo que supone pasar de intentar erradicar la pobreza e intentar mejorar el bienestar de todas las

¹¹ “La visión del mundo ofrecida por el discurso desarrollo/seguridad ortodoxa es ideológica en el sentido que ofrece un marco coherente para interpretar la realidad pero es una visión que no refleja las desigualdades del poder social en las actuales relaciones sociales globales. Estudiar la ideología es estudiar la forma en la que los conceptos sirven para establecer y sostener las relaciones de dominación. El Banco Mundial no puede considerar la idea de que el capitalismo sea la causa de la pobreza global, más bien considera la idea que sea su solución” (Dubois, 2005, pág. 19).

personas del mundo. “La permanencia de la pobreza no puede explicarse simplemente como fallas en la eficacia del sistema, sino que requiere preguntarse por las transformaciones que deben darse en la propia sociedad para poder alcanzar el cumplimiento de los derechos” (Dubois, 2005, pág. 30). Y entre tales derechos, el de la libertad y la participación son fundamentales. La pregunta más importante del siglo XXI, señala Kapuscinski, es qué hacer con la gente. No es cómo alimentarla ni cómo construirle escuelas y hospitales, sino qué hacer con ella, pues no sirve darle algo material desde fuera: si esa persona no ha participado en decidir qué quiere, le hemos arrebatado su libertad de ser lo que podría ser, le hemos dejado sin futuro. Ello significa, en última instancia, que a millones y millones de personas les hemos negado el futuro, es decir, les hemos excluido.

8. ¿Es posible terminar con la pobreza y la desigualdad en el mundo? algunas propuestas de solución

Tras las críticas a la Declaración del Milenio que hemos visto y que parecen indicar claramente que tal Declaración no terminará con la pobreza e incluso que probablemente ni siquiera lo pretenda realmente, debemos preguntarnos, ¿se puede hacer realmente algo para terminar con las desigualdades en el mundo y con la pobreza?

Para saber cómo terminar con la pobreza tal vez fuera útil conocer por qué existe hambre en el mundo. Se han dado muchas explicaciones, entre las que me gustaría mencionar las dos más socorridas, en cierta medida muy relacionadas entre sí, y añadir una tercera. La primera fue, quizás, la de Malthus que, como es bien conocido relacionaba el hambre con la superpoblación: mientras que los alimentos crecen en proporción aritmética, la población lo hace en proporción geométrica, lo que producirá necesariamente tal desajuste que por fuerza llevará a una hambruna generalizada. La segunda supone que el hambre se debe a la escasez de alimentos. Sin embargo, la densidad de población de Europa en general y de algunos países concretos en particular, como es el caso de Holanda, donde no hay hambre, es muy superior a la de los países en los que el hambre está más generalizado, como es el caso de Sudán. Más aún, como señala F.M. Lappé (2006, pág. 11), actualmente la humanidad tiene un 23% más de

alimentos por persona que hace cuarenta años. Hay alimentos, pues, para alimentar a todos los habitantes del planeta. Pero hay hambre porque los alimentos existentes se distribuyen muy desigualmente. Hay abundancia de alimentos incluso en algunos países africanos en los que el hambre extremo está muy extendido, pero tales alimentos se dan a los animales para surtir de carne a la oligarquía local y para enviarla, a bajo precio, a países ricos. Además, “restringimos considerablemente nuestras provisiones cuando dedicamos aproximadamente un 40% del grano y la soja mundiales al ganado, recuperando solamente una pequeña fracción de los nutrientes en forma de carne. ¿Por qué? Montañas de grano van destinadas a los animales porque millones de personas son demasiado pobres para ‘demandarlo efectivamente’” (Lappé, 2006, págs. 11-12). Por consiguiente, y ésta sería la tercera y, a mi juicio, la auténtica explicación, todavía hoy día hay hambre extrema en el mundo, en medio de la abundancia y hasta del derroche, porque las políticas del “Nuevo Orden Mundial” ultraliberal así lo hacen necesario. Por tanto, es difícil terminar con el hambre, con la pobreza y con las desigualdades si no se corrige en profundidad la trayectoria de esta globalización ultraliberal.

Antes de pasar a las propuestas de solución para estos serios problemas, veamos primero qué entiende Sachs por “fin de la pobreza” y el análisis, a mi juicio lúcido, que él hace para conseguirlo. Y me parece interesante hacerlo porque su posición condicionó en gran medida la propia Declaración del Milenio, que tanta importancia tendrá en este trabajo, tal como lo he planteado. El propio Sachs lo deja muy claro (2005a, págs. 56-57): “Cuando hable del ‘fin de la pobreza’, por lo tanto, estaré hablando de dos objetivos estrechamente relacionados. El primero es acabar con la grave situación de la sexta parte de la humanidad que vive en la pobreza extrema y lucha a diario por la supervivencia. Todas las personas de la Tierra pueden y deben disfrutar de niveles básicos de nutrición, asistencia sanitaria, servicios de agua y saneamiento, alojamiento y otras necesidades mínimas para la supervivencia, el bienestar y la participación en la sociedad. El segundo objetivo consiste en garantizar que todos los pobres del mundo, incluidos los que se encuentran en situación de pobreza moderada, tengan la oportunidad de subir la escalera del desarrollo”. Pero no son suficientes las palabras. Como veremos más tarde, esta postura de Sachs, en principio irreprochable, tiene un flanco sumamente endeble: el de las medidas a tomar para hacerlo realidad.

Sachs, pues, acierta en el diagnóstico, pero por no querer ni mencionar siquiera al capitalismo y por evitar por todos los medios la crítica a la actual globalización, no propone las medidas de intervención más adecuadas, como veremos más adelante. Así, señala con claridad el aumento de las desigualdades, pero no lo atribuye, ni de lejos, a la propia lógica del capitalismo. Al no tener en cuenta que el capitalismo produce, intrínsecamente, desigualdades, considera que “la tecnología, y no la explotación de los pobres, ha sido la fuerza motriz que ha impulsado los prolongados crecimientos de rentas del mundo rico” (pág. 65). Pero lo que no tiene en cuenta es que ambas cosas están estrechamente relacionadas, como señala perspicazmente Manuel Castells (2000, 2001a, 2001b): quien detenta más altos niveles de tecnología tiene el poder de explotar más y mejor a los países más pobres y sobre todo esa tecnología le concede el suficiente poder (económico, militar, cultural y político) como para imponer sus intereses a quienes no poseen tal poder. La contradicción de la postura de Sachs estriba en que detecta con clarividencia los principales problemas mundiales de hoy día, pero al no querer ver sus verdaderas causas, difícilmente puede proponer soluciones correctas. Eso ocurre, por ejemplo, cuando afirma que las grandes diferencias de poder contribuyen a la formulación de teorías erróneas sobre tales diferencias, de forma que cuando una sociedad es económicamente dominante, a sus miembros les resulta más fácil atribuir ese dominio a una superioridad más profunda –ya sea religiosa, racial, genética, cultural o institucional- que no a una causalidad temporal o geográfica. Y lo aplica al siglo XIX, pero no al XXI: “la desigualdad económica y de poder del siglo XIX a favor de Europa se vio acompañada de la extensión de nuevas formas de racismo y ‘exclusivismo cultural’ que ofrecían justificaciones pseudocientíficas a las inmensas desigualdades que se habían generado. Esas teorías, a su vez, justificaron formas brutales de explotación de los pobres mediante el dominio colonial, la desposesión y de las propiedades y tierras de los pobres por los ricos, e incluso la esclavitud” (Sachs, 2005a, págs. 75-76)¹². Nuevamente, Sachs pone el dedo en la llaga, pero no atina a la hora de buscar las

¹² En ello la propia psicología desempeñó un importante papel, sobre todo la psicometría del cociente intelectual (véase Ovejero, 2003), intentando justificar las desigualdades sociales atribuyéndolas al menor cociente intelectual genético de los más pobres. Hoy día, que tan desprestigiada está la psicometría del C.I., se acude a otra variable que, en el fondo, viene a decir lo mismo que decían aquellos psicómetras, pero actualizado: los países pobres lo son porque no han sido capaces de adaptarse al libre mercado y a la economía global.

causas; probablemente no quiere atinar porque, en el fondo, lo que pretende es escamotear la responsabilidad que en todo esto tiene la actual globalización y sus directrices ultraliberales, así como el egoísmo y la competitividad que produce.

Lo anterior puede ayudarnos a entender por qué Sachs critica al colonialismo por su responsabilidad en la pobreza de los países colonizados y sin embargo se niega a ver que, a un nivel más profundo y más despiadado, se sigue haciendo ahora lo mismo. “La confrontación entre ricos y pobres fue muy dura debido a que la gran diferencia de riqueza significaba también una gran diferencia de poder, y éste podía usarse para la explotación. El mayor poder de Europa se usó reiteradamente para obligar a las sociedades pobres a actuar en beneficio de los señores ricos. Las potencias imperiales europeas forzaron a los africanos a cultivar productos comercializables según su elección. Las autoridades coloniales impusieron la capitación y obligaron a los africanos a trabajar en minas y plantaciones, a menudo a cientos de kilómetros de sus familias y sus hogares. Inversores y gobiernos europeos se apropiaron de los recursos naturales, incluidas las riquezas minerales y los extensos bosques y selvas de África y Asia. Empresas europeas mantenían ejércitos privados en las colonias para garantizar la sumisión a sus propias ‘leyes’, al tiempo que sabían que, en caso extremo, sus gobiernos las apoyarían con la fuerza militar” (Sachs, 2005a, pág. 78). ¿Por qué si Sachs es capaz de hacer un análisis tan lúcido del colonialismo y de su gran responsabilidad en la pobreza de la África de aquel momento, no lo hace de la actual globalización cuando ésta está haciendo exactamente lo mismo que él acaba de describir, sólo que, tal vez, de forma más profunda, más despiadada y más generalizada? (véase, por ejemplo, Stiglitz, 2002, para el caso de Rusia; Klein, 2001, para el caso de Filipinas; o Bales, 2000, para entender la esclavitud actual). Sachs es incapaz de hacer tal análisis porque, en el fondo, su objetivo es justamente exonerar de responsabilidad a los grandes poderes actuales en la pobreza y la miseria que están produciendo. De hecho, escribe Sachs (2005a, pág. 81): “A principios del siglo XX, Europa dominaba gran parte del mundo. Los imperios europeos controlaban fundamentalmente toda África y extensas regiones de Asia, y también desempeñaban un papel preponderante en la financiación y organización del comercio latinoamericano. Ésa fue la primera era de la globalización, una época de comercio mundial, comunicaciones planetarias mediante líneas de telégrafo, producción en masa e industrialización; en resumen, lo que parecía una época de progreso

inevitable. Y era una globalización bajo dominio europeo. Se consideraba que no sólo era imparables desde el punto de vista económico, sino también el orden natural de las cosas. Ese supuesto orden natural dio origen a la tristemente famosa ‘carga del hombre blanco’, el derecho y la obligación de los europeos y los blancos descendientes de europeos de gobernar las vidas de otras personas de todo el mundo, cosa que hicieron sin complejos y con una mezcla contradictoria de ingenuidad, compasión y brutalidad” ¡Pero es que eso se está repitiendo ahora mismo, en la segunda globalización, la ultraliberal: no hay otra alternativa, pues estamos ante *el orden natural de las cosas*.

Pero Sachs es un economista keynesiano inteligente que, como en su día Keynes, sabe que para salvar al capitalismo actual, éste debe hacer las cosas de otra manera, y tiene que ayudar a erradicar la pobreza extrema, porque la ayuda a los países pobres es pequeña, mucho menor de la que se necesitaría para que el sistema global siga funcionando eficazmente. Por ello no se conforma con la explicación habitual, que le echa toda la culpa de la pobreza de los países pobres exclusivamente a sus gobiernos corruptos. Por el contrario, Sachs afirma, acertadamente, que la pobreza es un fenómeno complejo causado al menos por estos ocho factores (2005a, págs. 98-111):

1) *La trampa de la pobreza: la propia pobreza como causa del estancamiento económico*: los pobres son demasiado pobres para salir ellos solos, sin ayuda, de la pobreza, pues carecen de capital humano, ya que no tienen ni suficientes ni buenas escuelas y su sistema sanitario es deficiente o inexistente; no tienen carreteras, ni camiones, ni ferrocarriles; son tan pobres que difícilmente pueden ahorrar y así tener fondos para invertir, etc. A corto plazo, sólo la ayuda exterior puede darles el impulso para que luego se puedan valer por sí mismos.

2) *Geografía física*: algunos aspectos de la geografía son fundamentales para explicar la pobreza, como el tener o no tener salida al mar, poseer más o menos recursos naturales, la cantidad de agua o de desierto y tierra árida que se posea, las barreras naturales casi infranqueables, como cadenas montañosas, etc. Ahora bien, “afortunadamente, ninguna de esas condiciones es funesta para el desarrollo económico. Ya es hora de desterrar el espantajo del determinismo geográfico. La cuestión consiste tan solo en que esas adversidades exigen que los países asuman inversiones adicionales que otros, más afortunados, no tuvieron que realizar. Desde un país sin salida al mar se

pueden construir carreteras que lleven a un puerto de otro país. Las enfermedades tropicales pueden controlarse. Los climas áridos pueden vencerse mediante el riego...” (Sachs, 2005a, pág. 101). Pero ello, evidentemente, requiere inversión que esos países no pueden realizar, por lo que es imprescindible la ayuda externa.

3) *La trampa fiscal*: como buen keynesiano, afirma Sachs que los gobiernos son fundamentales para la inversión en bienes y servicios públicos como la educación, la sanidad, la red eléctrica, las infraestructuras, etc., pero –añade- difícilmente un gobierno de un país pobre puede conseguir fondos para tal inversión a través de unos impuestos a unos ciudadanos que no tienen con qué pagarlos. Si a ello añadimos –sigue argumentando Sachs- el peso de la deuda externa, entonces podremos entender que a un gobierno en tales condiciones le resulte absolutamente imposible salir del atolladero sin ayuda externa y sin la condonación de la deuda.

4) *Fallos de la acción del gobierno*: en este análisis también incluye Sachs los errores o la corrupción de los gobiernos de los países pobres como causa de su pobreza, pero sólo sería una de entre otras muchas causas.

5) *Barreras culturales*: “Aun cuando los gobiernos traten de hacer progresar sus países, es posible que el marco cultural sea un obstáculo para el desarrollo. Las normas culturales o religiosas de la sociedad pueden obstaculizar el papel de las mujeres, por ejemplo, dejando a la mitad de la población sin derechos económicos o políticos y sin educación, con lo cual se merma su contribución al desarrollo general. Negar los derechos y la posibilidad de formación de las mujeres ocasiona problemas en cadena. Quizás el más importante sea que la transición demográfica de unas tasas de fecundidad altas a otras bajas se retrasa o se estanca por complejo. Las familias pobres siguen teniendo seis o siete hijos porque se considera que el papel principal de la mujer consiste en criar niños, y su falta de formación comporta que tenga pocas oportunidades laborales. En esas situaciones, es frecuente que las mujeres carezcan de seguridad económica y derechos legales básicos; cuando enviudan, sus condiciones sociales se vuelven aún más terribles, y quedan completamente empobrecidas y sin esperanzas de mejorar” (Sachs, 2005a, pág. 104). Y algo similar podríamos decir de los prejuicios contra minorías étnicas, religiosas, etc.

6) *Geopolítica* “Las barreras comerciales erigidas por países extranjeros pueden impedir el desarrollo económico de un país pobre. Esas barreras son en ocasiones

políticas, como ocurre cuando un país poderoso impone sanciones comerciales a un régimen que no es de su agrado. Tal vez dichas sanciones pretendan debilitar o derrocar un régimen despreciable, pero con frecuencia no hacen sino empobrecer a la población del país, que es objeto de ellas sin provocar la caída del régimen” (Sachs, 2005a, pág. 104).

7) *Ausencia de innovación*: si un país pobre tiene un deficiente o nulo sistema educativo, será más difícil el surgimiento de inventores. Pero, además, los que surjan no podrán llevar a cabo sus ideas por falta de fondos y por ausencia de inversión. Y de esta manera, la innovación será menos probable, lo que es algo muy serio dado que, en plena revolución tecnológica, la innovación se constituye en un elemento central del crecimiento y del desarrollo. De hecho, una de las razones básicas que explican las desigualdades en riqueza entre países es justamente la inversión de I+D: los países pobres no tienen ni dinero, ni inventores, ni tecnología para tal inversión, con lo que la distancia que les separa de los países ricos es cada vez mayor. Pero también esto tiene solución, sobre todo por dos vías: importación de tecnología e inversión extranjera. Pero si queremos que un país pobre invierta, por poco que sea, en innovación, son imprescindibles, además del dinero, otras dos cosas fundamentales: una educación básica digna que le permita a la población leer, escribir y teclear, y que haya suficientes líneas telefónicas, pues no olvidemos, por ejemplo a la hora de explicar la pobreza de África, que sólo en Manhattan hay más líneas telefónicas que en toda África Subsahariana.

8) *La trampa demográfica*: por diferentes razones, esta variable es tan importante que le dedicaremos un poco más de atención que a las anteriores. Un factor fundamental que explica la pobreza y el subdesarrollo de muchos países es precisamente sus altas tasas demográficas: cuanto más pobre es un país, mayores son sus tasas demográficas, y cuanto mayores sean tales tasas más difícil será que salgan de la pobreza. Pues bien, el elemento clave para que estos países pasen de este círculo vicioso a otro círculo, éste virtuoso, es precisamente la educación de las mujeres. “Una de las razones de la trampa de la pobreza es la trampa demográfica, que se genera cuando las familias optan por tener muchos hijos. Tal decisión resulta comprensible, pero las consecuencias pueden ser desastrosas. Cuando las familias empobrecidas tienen gran número de hijos, no pueden permitirse invertir en la nutrición, la salud y la educación

para todos ellos. Es posible que sólo les alcance para la educación de uno de los niños, y que únicamente envíen a la escuela a uno de sexo masculino. Las altas tasas de fecundidad de una generación, por lo tanto, tienden a causar el empobrecimiento de los hijos y a que también en la siguiente generación haya elevadas tasas de fecundidad. Asimismo, el rápido crecimiento demográfico genera grandes presiones sobre el tamaño de las explotaciones agrícolas y los recursos medioambientales, con lo cual se agrava la pobreza... He aquí la trampa demográfica bajo una perspectiva más diáfana: los lugares más pobres, muchos de los cuales se enfrentan a los mayores obstáculos para el crecimiento económico moderno, son también los lugares en que las familias tienen un número más elevado de hijos y la población sigue aumentando con fuerza. El alto crecimiento demográfico lleva a una mayor pobreza, y ésta contribuye a unas tasas de fecundidad elevadas” (Sachs, 2005a, págs. 110-111).

Por otra parte, no olvidemos que “las tasas de fecundidad descienden cuando el desarrollo económico se mantiene constante. Cuando sobreviven más niños, las familias ‘se arriesgan’ a tener menos hijos al confiar en que es más probable que sobrevivan todos ellos. Cuando las familias pasan de una agricultura de subsistencia a una agricultura comercial y, particularmente, a vivir en las ciudades, también deciden tener menos hijos. Esto se debe a que los niños ya no son tan valiosos como trabajadores agrícolas. Cuando las familias disponen de servicios modernos como el agua corriente o agua en un pozo próximo al hogar, o de una cocina que funciona con bombonas de gas en lugar de leña, los niños dejan de ser necesarios para proveerse de agua y leña. Cuando las familias llevan a sus hijos a la escuela, el gasto de criarlos aumenta. Las familias deciden tener menos hijos e invertir más en cada uno de ellos. Cuando las oportunidades económicas de las madres mejoran fuera de casa y de la granja, el consumo de tiempo en criar hijos (en términos de pérdida salarial) también aumenta. Y, como es de suponer, cuando las familias pueden recibir servicios sanitarios modernos, incluidos la planificación familiar y los anticonceptivos, pueden continuar alterando sus deseos sobre el tamaño de la familia... Las inversiones para acabar con la pobreza extrema en África (y en todos los demás lugares) son las mismas que producirán una rápida y decisiva caída de las tasas de fecundidad en un breve período de tiempo” (Sachs, 2005a, págs. 451-452). Por tanto, también esta “trampa demográfica” tiene

solución, y ésta pasa necesariamente por la educación de las niñas, lo que permitiría a las mujeres incorporarse al mundo laboral, lo que, a su vez, las llevaría a tener menos hijos, lo que permitiría a las familias criarlos con mejor salud, mejor educación, etc. Eso es lo que, en parte, ocurrió en nuestro país no hace tanto tiempo, y más claramente aún en Irán, donde, tras la revolución islámica de 1979, la tasa de natalidad bajó de 6,7 niños por mujer a 2,6 sólo veinte años después, en 2000. La razón es evidente: la revolución iraní llevó a las escuelas a toda una generación de niñas y ese notable aumento de la alfabetización femenina se tradujo pronto y drásticamente en el deseo de tener menos hijos, ¡y eso incluso en un ambiente social, cultural y religioso conservador y tradicionalista!

Ahora bien, aunque consolidar las capacidades de la mujer en el ámbito de la salud y la educación es algo ciertamente muy importante, también se hace imprescindible actuar para reforzar su papel en la sociedad como agentes del cambio social, dentro de una dinámica más extensa de democratización real (no meramente representativa) de la sociedad que impulse los movimientos sociales y la participación popular. Pues no olvidemos que aquí todo está relacionado y la pobreza y las desigualdades serán más fáciles de reducir e incluso de erradicar si abundaran sistemas políticos realmente democratizadores que impulsarán la participación popular antes mencionada, como ya está ocurriendo con los movimientos sociales innovadores como es el caso, en Brasil, de los “campesinos sin tierra”.

Llega incluso Sachs a criticar al propio FMI y a las recetas que recomienda/exige a los países pobres, que no son otras que apretarse el cinturón todavía más (aunque esto ni lo menciona) y abrir sus fronteras a los mercados internacionales. De ahí que, como él subraya, en muchos países pobres, con grandes bolsas de pobreza extrema, se mantienen estas bolsas incluso cuando comienzan a desarrollarse y a salir de la pobreza: a menudo se mantiene la pobreza extrema en medio de la abundancia. La solución que propone es lo que él llama “economía clínica”, que es tal vez lo que mejor define su postura: mantener la economía de mercado de la actual globalización ultraliberal, pero incrementando el poder de los estados para que puedan invertir en bienes sociales y siempre con más ayuda exterior, pues como él mismo escribe (2005a, pág. 194): “La experiencia de Polonia volvió a confirmar una lección fundamental que

ya había constatado claramente en Bolivia. Cuando una sociedad ya se ha sumido profundamente en la crisis, normalmente necesita alguna ayuda exterior para recuperarse. Los países son como personas en apuros que necesitan la ayuda de sus familiares y amigos, de consejeros y de programas públicos, y rara vez pueden salir adelante por sus propios medios. Las sociedades en crisis están sometidas a poderosas fuerzas disgregadoras”. De ahí que Sachs critique duramente a los gobiernos ultraconservadores y ultraliberales de R. Reagan y de M. Thatcher, sobre todo porque atribuían a los propios países pobres toda la responsabilidad de su pobreza y, por tanto, consideraban innecesaria la ayuda externa a esos países. Digamos, pues, que Sachs es un neoliberal keynesiano compasivo, por lo que, sin ninguna duda, ya no es tan neoliberal como se le acusa con frecuencia. La ayuda externa y un mayor poder a los gobiernos para que tengan libertad para invertir esa ayuda externa en bienes sociales (educación, sanidad, infraestructuras, innovación tecnológica, etc.) definen las bases de su “economía clínica”. Hay que ayudar a los países pobres a salir del aislamiento en que se encuentran. Y es que, para él, al menos a mi modo de ver, eso es lo único que le permitirá a la actual globalización tener éxito y mantenerse a largo plazo: no quiere dar demasiadas armas a los enemigos de esta globalización, que él si apoya y defiende.

De forma resumida, podríamos decir que se han propuesto al menos cinco formas de solucionar estos problemas, a mi modo de ver falsas las dos primeras y convincentes las otras tres:

1) *Fomentar los productos transgénicos*: está demostrado que el auge de estos productos incrementa el hambre en el mundo en lugar de paliarlo. De hecho, además de enriquecer a las empresas transnacionales que los comercializan y que detentan sus patentes, lleva a un fuerte incremento del hambre y la miseria en muchos de los países pobres, a causa principalmente de que cientos y cientos de miles de campesinos no tienen dinero para comprar las caras y estériles simientes transgénicas y no les queda más remedio que abandonar sus tierras y emigrar a las ciudades, donde lo que les espera es el desempleo, el hacinamiento y el hambre.

2) *Libertad total de mercado*: está muy generalizada la idea de que la pobreza desaparecería –y por consiguiente también el hambre- si los mercados internacionales se

liberalizaran totalmente. También es falsa esa teoría, y para ello ya hemos dado suficientes datos en este capítulo.

3) *Impulso y desarrollo de la agroecología*: ésta sí me parece una vía interesante de solución de los problemas citados, pero entendiendo la agroecología “como una herramienta para construir alternativas locales a la globalización y a su expresión territorial, iniciativas sociales y económicas de muy diversa índole que plantean diversas formas de integrar economías, territorios y medio ambiente. Se pretende así volver a poner la economía al servicio de las comunidades locales o de lo colectivo, así como ‘relocalizar’ los flujos de materiales y energías en nuestras sociedades hacia sistemas productivos ecológica y socialmente” (Pijuán y López García, 2006, pág. 30). Más en concreto, de entre las muchas definiciones que existen sobre la agroecología, Eduardo Sevilla Guzmán la entiende como “el manejo ecológico de los recursos naturales a través de formas de acción colectiva que presentan alternativas a la actual crisis civilizatoria. Y ello mediante propuestas participativas, desde los ámbitos de la producción y la circulación alternativa de sus productos..., que contribuyan a encarar el deterioro social y ecológico generado por el capitalismo global, a través de estrategias de naturaleza sistémica” (citado en Pijuán y López García, 2006, pág. 30). Estamos también, pues, ante una vía que ayuda a desarrollar el cooperativismo (véase Sevilla Guzmán y cols., 2000).

4) *Movilizarse para ser capaces de pasar de la actual “democracia inerte” a una “democracia activa y participativa”*, lo que pasa necesariamente por la cooperación y el cooperativismo (véase Lappé, 2006). De hecho, frente a la miseria que el actual sistema está produciendo en muchas zonas del planeta (véase por ejemplo Klein, 2001), en aquellos lugares en los que, como en Bangladesh, sus habitantes están implantando una “democracia activa” el hambre va desapareciendo. Este tipo de democracia “emerge cuando las poblaciones tienen acceso al crédito y lo usan para crear empresas que han sacado de la pobreza al doble de familias de las que están empleadas por un penique la hora en las empresas de exportación de ropa allí radicadas. O consideremos la India. Los medios de comunicación corporativos que nos informan de que las cooperativas lácteas dirigidas por mujeres han incrementado durante varias décadas los ingresos de más de once millones de hogares. Compárese esto con el millón de trabajos creados por la industria de alta tecnología, de la que tanto oímos hablar. En

el estado indio de Kerala, el hambre está siendo dominada mediante aproximaciones participativas que han conseguido un acceso igualitario a la tierra y a la educación. Gracias a una pequeña fracción de sus recursos, Kerala ha alcanzado tasas de longevidad comparables a las de los países industrializados. Y esa campaña estatal de planificación descentralizada ha formado a miles de ciudadanos en la administración y planificación de mejoras rurales. De la misma manera, el movimiento brasileño de los trabajadores sin tierra ha obtenido los títulos legales de más de veinte millones de acres para un cuarto de millón de familias sin tierra, creándose comunidades autogobernadas cuyas empresas y granjas sustentan valores comunitarios. La mortalidad infantil ha caído y los salarios de los miembros son muy superiores a los jornales diarios que recibían anteriormente. Brasil está planificando también nuevas medidas en una docena de ciudades para permitir la participación ciudadana en la elaboración de sus presupuestos, una buena parte de las cuales se dirige a los barrios más desfavorecidos” (Lappé, 2006, págs. 13-14).

Como señala Lappé, el hambre está causado ciertamente por la escasez, pero no por falta de alimentos, sino por escasez de democracia activa. Y por tanto, ello supone un posicionamiento frontal contra el mercado, porque el mercado sólo entiende de competitividad y de beneficios, no de igualdad, ni de cooperación y menos aún de solidaridad. Y estar contra el mercado es estar contra la columna vertebral de esta globalización ultraliberal y conservadora. Y es que la solución al hambre, a la pobreza y a la desigualdad no está en la liberalización de los mercados sino que está donde siempre estuvo: en la participación democrática de los ciudadanos, en la cooperación y en la solidaridad.

5) *Consumir menos*: estamos embarcados en una cultura del despilfarro sin fin que sólo puede llevar a la catástrofe para todos, y estamos, a la vez, en una psicología económica de perpetua e intrínseca insatisfacción, por lo que la satisfacción de una necesidad lo único que consigue es abrir las puertas a otras muchas nuevas necesidades. La consecuencia paradójica es que cuanto más tenemos y más gastamos más insatisfechos e infelices quedamos. Una respuesta a esta situación nos la ofrece Schumacher en su conocido libro *Small is beautiful*, al hablar de una economía budista consistente en obtener no el máximo beneficio con el mínimo coste, como es la principal premisa del capitalismo, sino *el máximo bienestar con el mínimo consumo*,

como ya hacían las culturas llamadas primitivas, que realmente fueron las primeras *sociedades de la abundancia* porque en ellas tenían *todos* sus necesidades cubiertas (véase Clastres, 1978, 1981, 1986). Ello implica frenar el crecimiento en cantidad para mejorar la *calidad de vida*, que no depende de ninguna manera del hecho de consumir más sino de otros aspectos más intangibles como la sensibilidad, la serenidad, el sosiego, la sociabilidad, la mesura, etc. Es más, para que las personas del Tercer Mundo puedan satisfacer sus necesidades más primarias (comida, vivienda, educación, sanidad, etc.), es necesario que los del Primero dejemos de despilfarrar.

Otras medidas a tomar provienen de las demandas de los países pobres para lo que, ya en 1984, la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (UNCTAD) propuso las siguientes medidas:

- 1) 0,7 del Producto Interior Bruto (PIB) del Norte para ayudar al desarrollo.
- 2) Renegociación de la deuda externa, que a finales de los años 80 llegó al billón de dólares en todo el Tercer Mundo.
- 3) Utilización para el desarrollo de los fondos liberados por el desarme nuclear.
- 4) Modificación de la relación real de intercambio y del acceso a los mercados para los productos del Sur.
- 5) Reforma del FMI y del BM, incrementando el peso en dichas instituciones de los países del Sur, y asegurando una financiación estable y creciente al desarrollo por parte de estos organismos.
- 6) Cesión de una parte de la capacidad productiva industrial a los países desarrollo, facilitando su acceso a la tecnología punta.
- 7) Garantía de una cierta soberanía económica de los Estados.

A estas medidas habría que añadir, cuando menos, otras dos relativas a las políticas agrícolas de los países ricos, pues no olvidemos que buena parte de las personas que viven en los países en desarrollo viven de la agricultura, y son precisamente los productos agrícolas los que “no entran en las reglas de juego de esta globalización neoliberal”, de tal forma que, hipócritamente, los países ricos protegen fuertemente a sus propios agricultores, lo que perjudica enormemente a millones de campesinos pobres en el Tercer Mundo (PNUD, 2005b, pág. 12): a) recortes profundos

en el apoyo de los gobiernos de los países ricos a la agricultura y prohibición de los subsidios a las exportaciones. El apoyo agrícola no debería superar el 5% ó 10% del valor de la producción y venir acompañado de una prohibición inmediata de los subsidios directos e indirectos a las exportaciones; y b) Recortes profundos en las barreras a las exportaciones de los países en desarrollo. Los países ricos deberían fijar sus aranceles máximos sobre las importaciones de los países en desarrollo en más del doble del nivel de sus aranceles promedio, o un 5% ó 6%.

Y tengamos en cuenta que la existencia de una pobreza extrema en este comienzo del siglo XXI “no sólo es una vergüenza para las personas con sentimientos religiosos y humanistas, no sólo es una prueba del fracaso del sistema económico vigente, en cuanto sistema global que se supone capacitado para organizar la satisfacción de las necesidades de la humanidad. Es además una bomba atómica que amenaza con una explosión social de características y alcances insospechados para los que nacimos en el siglo XX” (Sebastián, 1997, pág. 73). Las pateras que cada día llegan a Canarias no los recuerdan continuamente. No olvidemos tampoco que la globalización está creando en las zonas atrasadas una situación que les está llevando a la condición de zonas totalmente periféricas y a un obscurecimiento total, ya que pierden el poco –o no tan poco- interés que antes tenían para el sistema mundial, bien como mercados, dada su pobreza generalizada, o bien como suministradores de materias primas tradicionales, pues los nuevos procesos productivos o ya no los necesitan o los necesitan mucho menos que en épocas anteriores. Por tanto, cada vez se hace más necesario, como señala Alonso (1999), crear una comunidad global donde exista la posibilidad de hacer respetar valores y derechos humanos universales y establecer una ética sin fronteras que garantice la equidad, la integridad, la solidaridad y el respeto al medio ambiente, en el marco de un derecho horizontal y recíproco..

Sin embargo, aunque la tarea es difícil, creo que aún podemos hacer algo. Ante todo, ir cambiando la competitividad por la cooperación y el individualismo por la solidaridad. No olvidemos que ha sido la cooperación la característica humana más responsable de nuestra supervivencia como especie. Como han mostrado autores como Pierre Clastres, Malinowski o, sobre todo, Kropotkin, el ser humano ha sido ante todo un *animal cooperativo* y han sido los Estados, y sus necesidades de control de las

personas, los que han ido minando paulatinamente la cooperación humana y convirtiendo poco a poco al ser humano en un ser individualista, competitivo y egoísta, incluso con medidas realmente crueles y violentas, como perfectamente muestra Kropotkin en su espléndido y siempre actual libro *El apoyo mutuo* (1988). Este cambio fue también uno de los aspectos más cruciales que favorecieron la aparición y el impresionante éxito que tuvo el capitalismo. Por ello, "la historia de la sociedad capitalista no ha podido ser sino la historia de la desigualdad"¹³ (Torres, 1999, pág. 80). Frente a ello, "debería decretarse la abolición de la deuda externa pública de los países empobrecidos, imponerse un impuesto sobre las transacciones financieras, debería decretarse la desaparición de los paraísos fiscales y establecer un impuesto proporcional a la tenencia de capital, especialmente elevado en el caso de las grandes fortunas. Debería imponerse un impuesto universal sobre los beneficios de las empresas multinacionales y construir medidas que permitan superar el deterioro continuado de los términos de intercambio entre países empobrecidos y enriquecidos y avanzar hacia un modelo de equidad en el reconocimiento del valor del trabajo" (Martínez, 2002, pág. 54). Habría que conseguir, finalmente, que el Estado de bienestar se mantenga, pero haciéndole más participativo a través, sobre todo, de la construcción de unos nuevos movimientos sociales como respuesta solidaria a los actuales movimientos neoliberales, regresivos e insolidarios. Estos nuevos movimientos sociales deberían incrustarse en las estructuras del llamado Estado del bienestar, pero no como meros comparsas de los dictámenes de los políticos de turno, sino dando un cauce verdaderamente democrático y participativo a las sociedades industriales postmodernas. Lo que necesitamos, en definitiva, es cambiar este sistema por otro que se base no en la competitividad sino en la *solidaridad* y en la *ayuda mutua*, para lo que habría que cambiar muchas cosas. Volver a la época prehistórica, en la que el trabajo no existía, ya no es posible -y tal vez ni deseable-. Pero tampoco podemos caer en la desesperación y la indefensión aprendida. Otra sociedad es posible, como están exigiendo ya cientos de miles de personas enroladas en el llamado movimiento antiglobalización (véase Echart, 2004; Galdón, 2002; Pastor, 2002). Sabemos de su enorme dificultad, pero, como los del mayo del 68, seamos realistas y pidamos lo imposible.

¹³ No es de extrañar, pues, que desde hace tiempo venga encontrándose una correlación negativa entre consumo y auge económico, por una parte, y felicidad, por otra.

9. Bibliografía

- Alonso, L.E. (1999): *Trabajo y ciudadanía: Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial*. Madrid: Trotta.
- Amin, S. y Houtart, F. (Eds.)(2003): *Globalización de las resistencias: El estado de las luchas 2003*. Barcelona: Icaria.
- Bales, K. (2000): *La nueva esclavitud en la economía global*. Madrid: Siglo XXI (original, 1999).
- Banco Mundial (2003): *Indicadores del desarrollo mundial 2003*. CD Rom. Washington.
- Banco Mundial (2005): *Informe sobre el desarrollo mundial, 2006: Equidad y desarrollo*. Bogotá (Colombia): Banco Mundial/Mundi-Prensa y Mayol Ediciones.
- Bauman, Z. (1999): *La globalización: Consecuencias humanas*. México: F.C.E.
- Beauvois, J.L. y Joule, R. (1981): *Soumission et idéologie*. París: P.U.F.
- Beck, U. (1992): *Risk society: Towards a new modernity*. Londres: Sage.
- Bello, W. (2004): *Desglobalización: Ideas para una nueva economía mundial*. Barcelona: Icaria.
- Benner, C., Brownstein, B. y Dean, A. (1999): *Walking the lifelong tightrope: Negotiating work in the new economy*. San José, CA: Working Partnerships USA/Washington D.C., Economic Polity Institute.
- Bizimana, J.D. (2001): *L'Église et le génocide au Ruand: Les Pères blancs et le negationnism*. París: L'Harmattan.
- Birch, M.G. y Gussow, J. (1970): *Disadvantaged children: Health, nutrition and school failure*. Nueva York: Harcourt (Trad. Castellana en Ed. Interamericana, 1972).
- Bois, G. (2004): *Una nueva servidumbre: Ensayos sobre la mundialización*. Granada: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Granada.
- Boltansky, i, L. y Chiapello, E. (2002): *El nuevo espíritu del capitalismo*. Madrid: Akal (original, 1999).
- Bourdieu, P. (1998): L'essence du néolibéralisme, *Le Monde Diplomatique*, París. Marzo.
- Búster, G. (2005): El proyecto Milenio o la globalización capitalista compasiva. En A. Dubois y cols.: *Tendencias a la cooperación paa el desarrollo y futuro de las ONGD* (pp. 125-150). San Sebastián: PTM-Mundubat.
- Castells, M. (2000): *La era de la información. Vol. 1: La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2001a): *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 2: El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- Castells, M. (2001b): *La era de la información: Economía, sociedad y cultura. Vol. 3: Fin de milenio*. Madrid: Alianza.
- Cebrián, J.L. (2000): *La red: Cómo cambiarán nuestras vidas los nuevos medios de comunicación*. Madrid: Taurus.
- Chomsky, N. (2001): *El beneficio es lo que cuenta: Neoliberalismo y orden global*. Barcelona: Crítica
- Clastres, P. (1978): *La sociedad contra el estado*. Barcelona: Monte Ávila Editores.
- Clastres, P. (1981): *Investigaciones en antropología política*. Barcelona: Gedisa.

- Clastres, P. (1986): *Crónica de los indios guayaquís*. Barcelona: Editorial Alta Fulla.
- De la Dehesa, G. (2000): *Comprender la globalización*. Madrid: Alianza.
- De la Dehesa, G. (2003): *Globalización, desigualdad y pobreza*. Madrid: Alianza.
- Dubois, A. (2005): La revisión del desarrollo a principio de siglo: Entre el nuevo consenso y la propuesta alternativa. En A. Dubois y cols.: *Tendencias a la cooperación para el desarrollo y futuro de las ONGD* (pp. 9-32). San Sebastián: PTM-Mundubat.
- Echart, E. (2004): *Origen, protestas y propuestas del movimiento antiglobalización*. Madrid: Ed. Catarata.
- Estefanía, J. (2001): *La nueva economía: La globalización*. Barcelona: Debate.
- Etzezarretga, M. (2001): Algunos rasgos de la globalización. En R. Fernández Durán, Etzezarreta, M. y Sáez, M. (Eds.): *Globalización capitalista: Luchas y resistencias*. Bilbao: Virus Editorial.
- Falk, T. (2002): *La globalización depredadora: Una crítica*. Madrid: Siglo XXI.
- Fariñas, M.J. (2005): *Mercado sin ciudadanía: Las falacias de la globalización neoliberal*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Fernández, R., Etzezarreta, M. y Sáez, M. (Eds.) (2001): *Globalización capitalista: Luchas y resistencias*. Bilbao: Virus Editorial.
- Frimpong-Ansah, J.H. (1991): *The vampire state in Africa: The political economy of decline in Ghana*. Londres: James Curley.
- Fromm, E. (1976): *El miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós (original, 1941).
- Galdón, G. (Ed.) (2002): *Mundo, S.A.: Voces contra la globalización*. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Galindo, P. (2006): Frente a la globalización e inseguridad alimentarias, agroecología y consumo responsable. *Archipiélago*, 71, 35-45.
- Giddens, A. (2000): *Un mundo desbocado: Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Giner, S., Lamo de Espinosa, E y Torres, C. (Eds.) (1998): *Diccionario de Sociología*. Madrid: Alianza.
- Gray, J. (1998): *The delusions of global capitalism*. Londres: Granta Books.
- Hatzfeld, J. (2003): *Une saison de machettes*. París: Seuil.
- Hobsbawm, E. (1995): *Historia del siglo XX*. Madrid: Crítica/Grijalbo.
- Hoff, K. y Pandey, P. (2004): *Belief systems and durable inequalities: An experimental investigation of Indian caste*. Washington, DC: Banco Mundial.
- Houtart, F. y Polet, F. (Eds.) (2001): *El otro Davos: Globalización de resistencias y de luchas*. Madrid. Editorial Popular.
- Karol, K.S. (1995): Rusia, rehén de un capitalismo mafioso. En I. Ramonet (Ed.): *Pensamiento crítico vs. Pensamiento único*, pp. 157-164. Madrid: Debate.
- Klein, N. (2001): *No logos: El poder de las marcas*. Barcelona: Paidós.
- Kropotkin, P.A. (1988): *El apoyo mutuo: Un factor de la evolución*. Madrid: Ediciones Madre Tierra (original, 1902).
- Lappé, F.M. (2006): Terminar con el hambre: La respuesta no es nuevos alimentos, sino una nueva mirada. *Archipiélago*, 71, 11-14.
- Lemarchand, R. (1994a): Managing transition anarchies: Rwanda, Burundi, and South Africa in comparative perspective, *The Journal of Modern African Studies*, 32, 581-604.

- Lamarchand, R. (1994b): *Burundi: Ethnocide as discourse and practice*. Nueva York: Woodrow Wilson Center Press y Cambridge University Press.
- Lewis, O. (1959): *Five families: Mexican case studies in the culture of poverty* Nueva York: Basic Books.
- Lewis, O. (1966): The culture of poverty. *Scientific American*, 215, 19-25.
- Lewis, O. (1969): The culture of poverty. En D.P. Moynihan (Ed.): *On understanding poverty: Perspectives from the social sciences*, págs. 187-200. Nueva York: Basic Books.
- Lisón, J.C. (2003): *La globalización que nos quieren vender: Una visión cultural*. Madrid: Nivola.
- Luttman, E. (2000): *Turbocapitalismo: Quiénes ganan y quiénes pierden en la globalización*. Barcelona: Crítica.
- Maddison, A. (2001): *The World Economy: A Millennial Perspective*. CED-OCDE.
- Martín, H.P. y Schumann, H. (1998): *La trampa de la globalización*. Madrid: Taurus
- Martín Baró, I. (1989): *Sistema, grupo y poder: Psicología social desde Centroamérica*. El Salvador: UCA Editores.
- Martínez, J. (2002): *Desarrollar el subdesarrollo*. En G. Galdón (Ed.): *Mundo, S.A.: Voces contra la globalización*, págs. 45-56. Barcelona: Ediciones de la Tempestad.
- Martínez Román, M.A. (1997): Política social, pobreza y exclusión social. En C. Alemán y J. Garcés (Eds.): *Política social*, págs. 479-504. Madrid: McGraw-Hill.
- Mazunder, B. (2005): The apple falls even closer to the tree than we thought: New and revised estimates of the intergenerational inheritance of earnings. En S. Bowles, H. Gintis y M.O. Groves (Eds.): *Unequal chances: family background and economic success*. NJ: Princeton University Press.
- Milanovic, B. (2002): The world income distribution, 1988 y 1993. First calculation based on household surveys alone- *The Economic Journal* 112(476), 51-92.
- Mischel, L., Bernstein, J. y Schmitt, J. (1999): *The state of working America 1988/1999*.
- Navarro, V. (1997): *Neoliberalismo y Estado del Bienestar*. Barcelona: Ariel.
- Oficina Internacional del Trabajo (OIT) (1995): *World employment reprt, 1995*. Ginebra: OIT.
- Oficina Internacional del Trabajo (OIT) (1996): *Child labour: Targeting the intolerance*. Ginebra: OIT.
- Onfray, M. (2006): *Tratado de ateología*. Barcelona: Anagrama.
- ONU (1997): *Informe sobre la situación social en el mundo*. Nueva York: Naciones Unidas.
- Ovejero, A. (1997): Paulo Freire y la psicopedagogía de la liberación, *Psicothema*, 9, 671-688.
- Ovejero, A. (1998): *Las relaciones humanas: Manual de psicología social teórica y aplicada*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Ovejero, A. (1999): *La nueva psicología social y la actual postmodernidad*. Oviedo: Universidad de Oviedo.
- Ovejero, A. (2002a): Globalización, escuela y nuevas formas de exclusión social, *Aula Abierta*, 79, 153-175.
- Ovejero, A. (2000b): Cultura de la pobreza: Violencia, inmigración y fracaso escolar en la actual sociedad global, *Aula Abierta*, 79, 71-83.
- Ovejero, A. (2003): *La cara oculta de los tests de inteligencia*. Madrid: Biblioteca Nueva (en prensa).

- Ovejero, A. (2004): *Globalización, sociedad y escuela*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Ovejero, A. (2005): Pobreza, subdesarrollo y globalización. *Curso de Cooperación Internacional*, pp. 78-133. Oviedo: Eikasisa Ediciones.
- Pastor, J. (2002): *Qué son los movimientos antiglobalización*. Barcelona: Integral.
- Peet, R. (2005): *La maldita trinidad*. Pamplona: Editorial Laetoli.
- Pijuán, M.B. y López García, D. (2006): Hacia un movimiento agroecológico en el Estado español. *Archipiélago*, 71, 29-34.
- PNUD (1994): *Informe sobre desarrollo humano, 1994*. Madrid: Mundi Prensa.
- PNUD (1996): *¿Crecimiento económico para propiciar el desarrollo humano?* Madrid: Ediciones Mundi-Prensa.
- PNUD (1997): *Desarrollo humano para erradicar la pobreza*. México: Mundi Prensa.
- PNUD (1998): *Cambiar las pautas actuales de consumo: Para el desarrollo humano del futuro*. México: Mundi Prensa.
- PNUD (1999): *Human Development Report, 1999*. Nueva York: United Nation y Oxford University Press.
- PNUD (2001): *Informe sobre el desarrollo humano, 2001: Poner el adelanto tecnológico al servicio del desarrollo humano*. México: Mundi Prensa.
- PNUD (2002): *Informe sobre desarrollo humano, 2002: Profundizar en la democracia en un mundo fragmentado*. México: Mundi Prensa.
- PNUD (2003): *Informe sobre desarrollo humano 2003: Los Objetivos del Desarrollo del Milenio. Un pacto entre las naciones para eliminar la pobreza*. Madrid: Mundi Prensa.
- PNUD (2004): *Informe sobre desarrollo humano 2004: La libertad cultural en el mundo diverso de hoy*. Madrid: Mundi Prensa.
- PNUD (2005a): *Informe sobre desarrollo humano 2005: La cooperación internacional ante una encrucijada: Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual*. Madrid: Mundi Prensa.
- PNUD (2005b): Perspectiva general. En PNUD (2005a): *Informe sobre desarrollo humano 2005: La cooperación internacional ante una encrucijada: Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual* (pp. 1-16). Madrid: Mundi Prensa.
- PNUD (2005c): La situación del desarrollo humano. En PNUD (2005a): *Informe sobre desarrollo humano 2005: La cooperación internacional ante una encrucijada: Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual* (pp. 19-54). Madrid: Mundi Prensa.
- PNUD (2005d): Desigualdad y desarrollo humano. En PNUD (2005a): *Informe sobre desarrollo humano 2005: La cooperación internacional ante una encrucijada: Ayuda al desarrollo, comercio y seguridad en un mundo desigual* (pp. 57-80). Madrid: Mundi Prensa.
- Rodríguez, O. (1980): *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*. México: Siglo XXI.
- Rodríguez Gil, A. (2005): Mitos y mentiras de la cooperación al desarrollo y de las ONGD. En A. Dubois y cols.: *Tendencias a la cooperación paa el desarrollo y futuro de las ONGD* (pp. 151-192). San Sebastián: PTM-Mundubat.
- Sachs, J. (2005a): *El fin de la pobreza: Cómo conseguirlo en nuestro tiempo*. Barcelona: Debate.
- Sachs, J. (2005b): *Invertir en Desarrollo: Un plan práctico para conseguir los Objetivos del Milenio*. Nueva York: Millennium Project.

- Safranski, R. (2004): *¿Cuánta globalización podemos soportar?* Barcelona: Tusquets.
- Sampedro, J.L. (2002): *El mercado y la globalización*. Barcelona: Destino.
- Sandbrook, R. (1985): *The politics of Africa's economic stagnation*. Cambridge:Cambridge University Press.
- Sevilla guzmán y otros (2000): *Introducción a la agroecología como desarrollo rural sostenible*. Madrid: Mundi Prensa.
- Simon, D., Van Spegen, W., Dixon, C. Y Naarman, A. (Eds.)(1995): *Structurally adjusted Africa: Poverty, debt and basic needs*. Londres: Pluto Press.
- Sousa Santos, B. (2003): *Crítica de la razón indolente: Contra el desperdicio de la experiencia*. Bilbao: Desclée de Brouwer.
- Stiglitz, J.E. (2002): *El malestar en la globalización*. Madrid: Taurus (original, 2002).
- Summers, R. y Heston, A. (1991): The Penn World Table: An expanded set of international comparison, 1950-1988. *Quarterly Journal of Economics*. Nº 106.
- Tezanos, J.F. (Ed.)(1999): *Tendencias en desigualdad y exclusión social*. Madrid: Sistema.
- Torres, J. (1995): *Desigualdad y crisis económica: El reparto de la tarta*. Madrid: Sistema.
- Torres, J. (1999): Políticas económicas, pobreza y desigualdad. En J.F. Tezanos (Ed.): *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, págs. 79-104. Madrid: Sistema.
- Tortosa, J.M. (1993): *La pobreza capitalista*. Madrid: Tecnos.
- Tortosa, J.M. (1999): Pobreza y desigualdad social. En J.F. Tezanos (Ed.): *Tendencias en desigualdad y exclusión social*, págs. 57-78. Madrid: Sistema.
- Townsend, P. (1993): *The international analysis of poverty*. Londres: Harvester Wheatsheaf.
- Valentine, Ch. (1972): *La cultura de la pobreza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ziegler, J. (2004): *Los nuevos amos del mundo*. Barcelona: Destino (orig.francés, 2002).
- Ziegler, J. (2006): *El imperio de la vergüenza*. Madrid: Taurus.